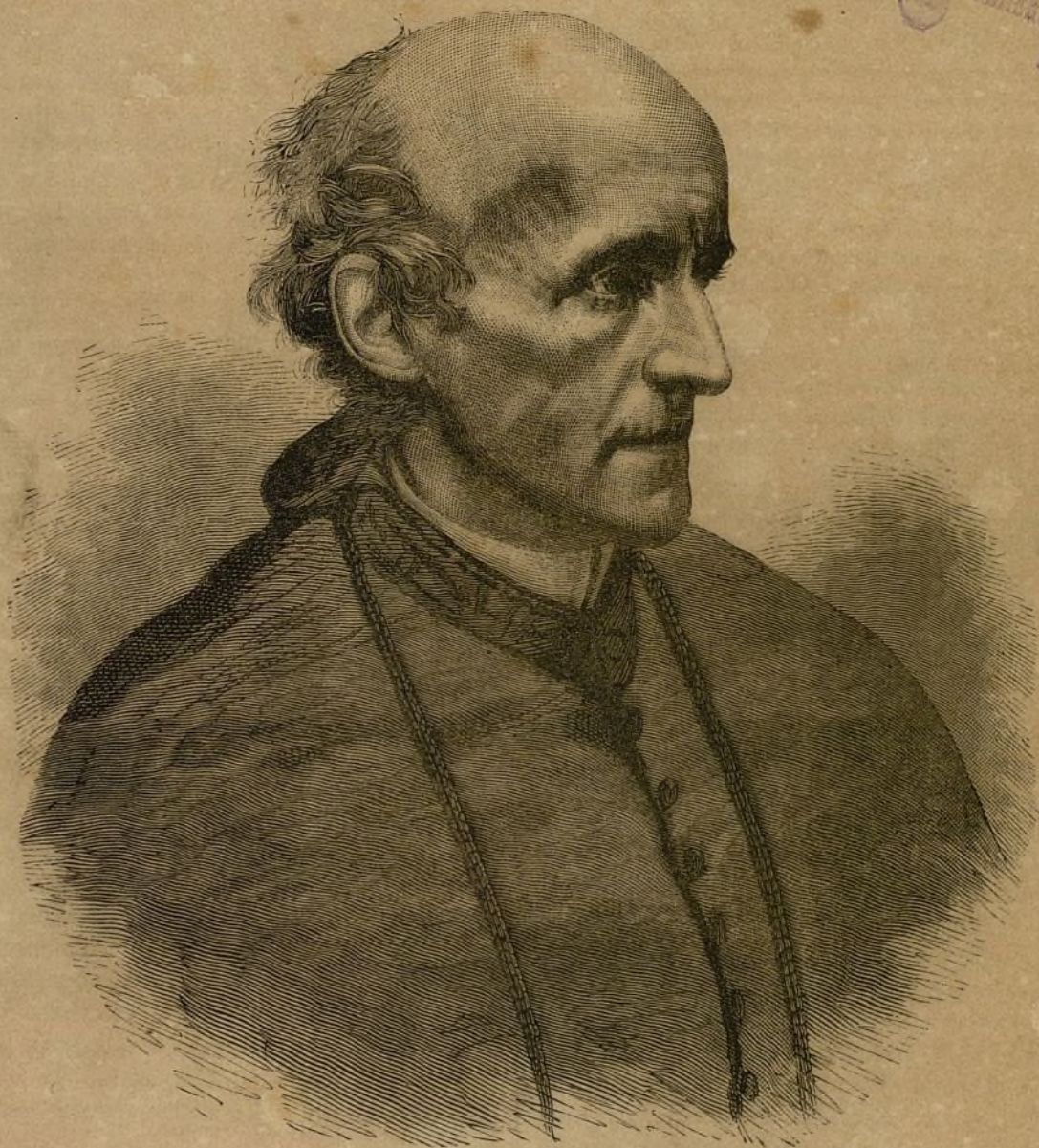


# Las Misiones católicas

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA DE LA OBRA DE LA PROPAGACION DE LA FE.



EMMO. ENRIQUE EDUARDO MANNING,  
cardenal-arzobispo de Westminster. (Pág. 17).

Bienaventurados los misericordiosos,  
porque ellos alcanzarán misericordia.  
(*Matth.* v, 7).

Cada siglo tiene su fisonomía particular: el presente, que lo es de los grandes contrastes, la tiene muy especial y digna de estudio. Por una parte los pueblos que se llaman civilizados arrojando á Dios y á su Iglesia, á quien todo lo deben, de sus Estados; por otra pueblos bárbaros recibiendo á ese Dios y á esa Iglesia como un don del cielo. Esta gran lucha se lleva á cabo

en todas partes á fuerza de sangre inocente: sangre de creyentes en los pueblos titulados cultos, que no quieren apostatar de su fe; sangre de apóstoles y de confesores en los bárbaros, á donde van á predicar la buena nueva con sus palabras y sus obras. La victoria no es dudosa: la inocencia y la fe triunfarán; la perfidia y la maldad sufrirán el merecido castigo. ¡Ay de los pueblos que se empeñan en volver al paganismo! dura será su suerte, mucho más que la de los de la antigüedad, pues al menos aquellos no conocieron la Redención, y por lo

tanto no cometieron el horrendo crimen de despreciarla!...

La hora de los grandes acontecimientos se acerca: el buho y el reptil del Africa, que anidan entre las ruinas de tantos pueblos un dia civilizados merced al Catolicismo, parecen alzar su vuelo y dirigirse á tomar posiciones entre los escombros que por do quiera esparce la moderna civilizacion. No lo permita el Señor; pero ello es que todo hay que temerlo. Haciendo coro con los pérfidos judíos, han levantado sus ingratas voces los pueblos que quieren pasar por civilizados, clamando y diciendo: *No queremos que reine Jesús sobre nosotros*, y todos á una han derribado sus altares y despojado y perseguido á sus sacerdotes, negándoles aún lo que la Roma pagana concedía á sus esclavos viejos é inútiles. ¿Qué venganza creeréis que van á tomar por ello los ministros del Dios de paz? Oid las solemnes palabras del señor de Montlossière en las Constituyentes francesas: «Les quitais, exclama, una cruz de oro; no importa, ellos marcharán á salvar las almas con una cruz de madera: cabalmente una cruz de madera salvó al mundo...»

En efecto, ¿qué es lo que hemos visto desde que la Revolucion arrojó de sus tranquilos y silenciosos hogares á tantos religiosos y sacerdotes en Francia, España, Italia y otras naciones? Extenderse el reinado de Jesucristo, penetrar su Evangelio en países los más salvajes y desconocidos... Domar con su dulzura la ferocidad de tantos pueblos, instruir al ignorante, sanar y consolar al enfermo, dar de comer al hambriento, vestir al desnudo y establecer la concordia y la paz entre naciones enemigas: esto han hecho y hacen todos los dias los misioneros católicos. Ni las afecciones de familia ó de amistad, ni los mares, ni los hielos del polo, ni los ardores del trópico, nada les detiene: «viven con el esquimal en su odre de piel de vaca marina; se alimentan de aceite de ballena con el groenlandés; recorren vastas soledades con el tártaro ó el iroqués; cabalgan en el dromedario del árabe, ó siguen al café errante por los abrasados desiertos: el chino, el japonés y el indio han llegado á ser sus neófitos; no hay isla ni escollo en el oceano que permanezca oculto á su celo; y como en otro tiempo faltaban reinos para la ambicion de Alejandro, falta hoy tierra á la caridad de estos fervorosos conquistadores (1).»

¿Quién no se siente conmovido al contemplar lo que pasa en el Seminario de las Misiones extranjeras la víspera del dia en que los superiores han de designar nuevos apóstoles para las más apartadas regiones? Todos oran y piden con fervor al Padre de familias les conceda la gracia de ser elegidos para operarios de su viña. Llega el momento: el corazon no les cabe en el pecho: los nombres de los apóstoles se pronuncian; los elegidos lloran de contento; los demás reconocen no ser dignos de tan señalada merced, y se retiran tristes á esperar que el Señor les encuentre llenos de merecimientos y maduros de virtudes.

A la mañana siguiente celebran, los que han de partir, el santo sacrificio de la Misa en los cálices en que lo hicieron compañeros suyos que obtuvieron la gracia de alcanzar la palma del martirio... Poco despues se abrazan unos y otros, tal vez para no verse más en la tierra.

(1) Chateaubriand, *Genio del Cristianismo*.

Regiones horribles por su clima y ferocidad de sus habitantes van quizás á ser su tumba, donde permanecerán olvidados de los hombres: ¡qué importa si sus nombres estarán inscritos en el libro de la vida!... Esto es lo más sublime entre lo heróico; pues bien, todos podemos, si queremos, tener parte en las glorias de su apostolado; todos podemos ser apóstoles y mártires de deseo; todos podemos orar por ellos y secundar sus trabajos con nuestras limosnas.

Acostumbrados á los beneficios de que somos deudores al Catolicismo, no sabemos apreciarlos más que cuando vemos el contraste que nos ofrecen tantos pueblos sentados en la ignorancia de la fe y sombras de la muerte. Lleguen, pues, á ellos nuestro corazon y nuestras manos, que en las de los misioneros levantando templos al Dios verdadero, escuelas, hospitales, huerfanatos, socorriendo toda clase de miserias, introduciendo industrias, civilizando, en fin, á nuestros hermanos, obran maravillas; las que se multiplicarian de un modo asombroso á estar en relacion los recursos con tan múltiples necesidades.

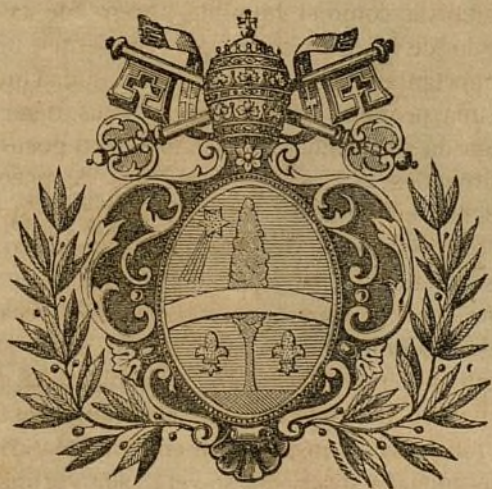
Si hasta ahora los españoles hemos figurado casi en último lugar en el número de los pueblos que con noble desinterés contribuyen al fomento y sosten de las Misiones católicas, no ha de ser ni será así en lo sucesivo. Tras muchos esfuerzos hemos logrado proporcionar un medio, abrir un camino á la caridad, emprendiendo la publicacion de esta Revista y abriendo una suscripcion de manera que en ella pueda tomar parte así el acaudalado capitalista como el humilde obrero, de tal suerte que al lado de los guarismos que representen una cantidad importante tenga cabida la simple unidad que equivalga á una pequeña cantidad. ¿Qué más tiene que al fin del año la suma haya sido formada con pocos y crecidos sumandos, ó bien con sumandos de poco valor, pero muchos en número? De seguro que nuestros hermanos los misioneros católicos no se aprovecharán menos de su totalidad.

La cifra total que arrojan las cantidades recaudadas por nuestro conducto hasta fin de 1880, si no satisface completamente nuestros deseos, atendidas las muchas y apremiantes necesidades que agobian á los misioneros católicos, nos inspira, sin embargo, la confianza de que la iniciada suscripcion se verá cada vez más atendida y secundada por todos los buenos. ¡Qué rápidas conquistas no haría el Catolicismo en tantas naciones infieles á contar los misioneros con recursos abundantes!...

Hé aquí ahora un recuento de las limosnas que con destino á las Misiones más necesitadas hemos recibido en el transcurso del año anterior:

Para la <i>Obra de la propagacion de la fe.</i>	7710	pesetas	25	cénts.
Para la <i>Obra de la Santa Infancia</i> (Misiones españolas de la China y del Tong-king).	788	»		»
Para la Mision de Mindanao (Filipinas).	23	»	50	»
Para el patriarcado armenio católico de Siria.	288	»		»
Para la Mision de Nueva-Nursia.	25	»		»
Para los sacerdotes polacos desterrados á Siberia.	106	»		»
Para el Patriarcado católico latino de Jerusalen.	450	»		»
Para las religiosas Estigmatinas de Albania.	10	»		»
Para la Mision del Libano.	37	»	50	»
<i>Suma y sigue.</i>	9418	»	25	»

<i>Suma anterior.</i>	9418 pesetas 25 cénts.
Para la propagacion de la fe en el Norte de la China.	25 »
Para las victimas del hambre en Chan-si.	5 »
Para las victimas del hambre en Chen-si.	11 »
Para las victimas del hambre en la Cochinchina oriental.	346 » 50 »
Para las victimas del hambre en el Tongking meridional.	333 » 75 »
Para las victimas del hambre en el Tongking occidental.	25 »
Para las victimas del hambre en Armenia.	747 » 25 »
Para las victimas del hambre en Mesopotamia.	701 » 75 »
Para las victimas del hambre en Persia.	841 » 25 »
Para la Mision de Corea.	51 »
Para la Mision del Maduré (Indostan).	63 » 50 »
Para el vicariato apostólico de Madras (Indostan).	17 »
Para cooperar al establecimiento de los cristianos Akkas en la isla de los Piratas (China).	161 » 50 »
Para los leprosos de Tung-van en la isla de Hui-tcheu (Tong-king meridional).	25 »
Para los sordo-mudos de la isla de Hui-tcheu.	25 »
Para la construccion de la iglesia de La-yam-ho (Hu-pe oriental).	100 »
Para los enfermos de la Mision de La-yam-ho.	50 » 50 »
Para la Mision de Hakodaté (Japon).	10 »
Para las cristiandades de los Padres de san Camilo en el Africa central.	50 »
Para los leprosos de Molokai.	16 »
<i>Total</i>	13024 » 25 »



### ENCÍCLICA DE LEON XIII

Á LOS PATRIARCAS, PRIMADOS, ARZOBISPOS Y OBISPOS DEL UNIVERSO CATÓLICO QUE ESTÁN EN GRACIA Y COMUNION CON LA SEDE APOSTÓLICA.

LEON PAPA XIII.

Venerables Hermanos, salud y bendicion apostólica.

No estando circunscrita por los confines de region alguna la ciudad santa de Dios, que es la Iglesia, tiene la fuerza que le infundió su Fundador para dilatar de día en día el *sitio de su tienda* y extender *las pieles de sus pabellones* (1). Aun cuando tales extensiones de los pueblos cristianos son obra, sobre todo, de la intima asistencia y del auxilio del Espíritu Santo, extrinsecamente se realizan por obra de los hombres, segun la humana costumbre, por ser conveniente á la sabiduría de Dios que todas las cosas sean ordenadas y dirigidas á su fin, segun corresponde á la naturaleza de cada una. No es una sola, sin embargo, la especie de los hombres y de los oficios por medio de los que se logra aumentar el número de ciudadanos de la ciudad de Sion. Las partes primeras tocan á los que predicán la palabra de Dios, como enseñó Cristo con sus ejemplos y sentencias, sobre lo cual insistia Pablo del modo siguiente: «¿Cómo creerán á aquel que

(1) Isai. LIV, 2.

no oyeron? ¿Y de qué manera oirán sin predicar? La fe, pues, viene por el oído, y el oído por la palabra de Dios (1).» Este oficio incumbe á los iniciados en los sacros misterios de modo legítimo. Ciertamente no les proporcionan poco auxilio ni leve consuelo cuantos les dan socorros exteriores, ó atraen sobre sus personas los dones celestes con oraciones elevadas á Dios. En su virtud, son ensalzadas en el Evangelio las mujeres que *asistian con sus haciendas* (2) á Cristo que evangelizaba el reino de Dios, y Pablo atestigua que por voluntad divina se permite que vivan del Evangelio los que anuncian el Evangelio (3). Igualmente consta que Cristo dió este mandamiento á los que le seguian y escuchaban: *Rogad al dueño de la mies que mande para ella obreros* (4), como tambien que sus primeros discipulos, segun el ejemplo de los Apóstoles, solian suplicar á Dios con estas palabras: *Concede á tus siervos que anuncien tu palabra con toda confianza* (5).

Los dos oficios, que se reducen á dar y pedir á Dios, además de ser utilísimos para extender los confines del reino celestial, tienen de propio que puedenlos realizar fácilmente todos los hombres, de cualquier condicion que sean. Porque ¿quién tiene tan mísera fortuna que no pueda dar una pequeña moneda, ó quién se halla tan sobrecargado de ocupaciones que alguna vez no pueda dirigir á Dios una oracion por los que anuncian el santo Evangelio? Siempre tuvieron la costumbre de recurrir á tales auxilios los hombres apostólicos, y especialmente los Romanos Pontífices, á los cuales incumbe de un modo especial la propagacion de la fe cristiana, si bien no se apeló siempre al mismo modo para conseguir tales auxilios, siendo vario y distinto, segun la diferencia de los lugares y la diversidad de los tiempos.

Tendiendo la edad presente á emprender cosas arduas por la union de las voluntades y de las fuerzas de muchos, vemos constituirse donde quiera sociedades, algunas de las que se formaron para que contribuyeran á difundir la Religion en algunos países. La más eminente de todas es la pia sociedad establecida hace unos sesenta años en Lyon, denominada la *Propagacion de la fe*. En un principio fué su propósito socorrer á misioneros de América; despues, como el grano de mostaza, se convirtió en árbol gigantesco cuyas ramas florecen mucho, favoreciendo activamente á todas las Misiones difundidas por el orbe. Esta excelente institucion fué pronto aprobada por los Pastores de la Iglesia, que la colmaron de alabanzas. Los Romanos Pontífices Pio VII, Leon XII y Pio VIII, predecesores nuestros, ardientemente la recomendaron y enriquecieron con indulgencias. Con mucho mayor empeño la promovió, mirándola con afecto verdaderamente paternal, Gregorio XVI, el cual en su encíclica del 15 de Agosto de 1840 habló de ella en los términos siguientes: «Obra verdaderamente grande y santísima, que con ténues oblacones y preces cotidianas dirigidas á Dios por cada uno de los socios, se sostiene, se aumenta y se fortifica; cuyo fin es socorrer á los obreros, ejercitar con los neófitos las obras de la caridad cristiana, y librar á los fieles del ímpetu de las persecuciones. Nós la juzgamos dignísima del amor y de la admiracion de todos los buenos. Ni se debe creer que tanto beneficio y provecho hayan venido á la Iglesia en los últimos tiempos sin especial designio de la Divina Providencia, porque mientras se dirigen contra la querida Esposa de Cristo maquinaciones de toda especie del enemigo infernal, nada tan oportuno como que los fieles, encendidos por el deseo de difundir la verdad católica, procuren ahincadamente, con celo concorde y socorros reunidos, ganar las almas á Cristo.» Exhortaba despues á los obispos á fin de que cada uno en su propia diócesis procurase pronto que institucion tan saludable lograra siempre nuevos incrementos.

De las huellas de su antecesor no se desvió Pio IX, de gloriosa memoria, que aprovechó cuantas ocasiones pudo para proteger á tan benemérita Sociedad y promover mucho más su prosperidad. Realmente, por su autoridad, confiriéronse á los socios más ampliamente los privilegios de las pontificias indulgencias, fué además excitada en auxilio de la Obra la cristiana piedad, lograron condecoraciones honoríficas los socios más ilustres, cuyos méritos singulares pusieron de realce, y fueron, finalmente, amplificados y enaltecidos por el propio Pontífice algunos exteriores auxilios anejos á esta institucion.

Al propio tiempo la emulacion de la piedad hizo que nacieran otras dos sociedades, una de las que tomó el nombre de la *Santa Ju*

- (1) Rom. x, 14, 17.
- (2) Luc. viii, 3.
- (3) I Cor. ix, 14.
- (4) Matth. ix, 3; Luc. x, 2.
- (5) Act. iv, 29.



fancia de Jesucristo, y otra el de las *Escuelas de Oriente*. La primera tiene por objeto recoger y educar en las costumbres cristianas á los infelicitísimos niños, cuyos padres, impulsados por la miseria ó el hambre, los exponen bárbaramente, sobre todo en las regiones chinas, en las cuales está más en uso esta especie de barbarie. En su virtud, afectuosísimamente los recoge la caridad de los socios, los cuales, redimiéndolos en ocasiones con dinero, procuran que sean lavados en la fuente de la cristiana regeneración, á fin de que crezcan con auxilio de Dios para esperanza de la Iglesia, ó á lo menos, si mueren, se les asegura la manera de conseguir la eterna dicha.—La otra Sociedad arriba mencionada cuida de los adolescentes y procura con todo afán imbuirles la sana doctrina, así como alejarlos de los peligros de la ciencia falaz, hácia la que se inclinan con frecuencia por ánsia impróvida de aprender.—Por lo demás, ambas asociaciones cooperan á la más antigua, llamada de la *Propagación de la fe*, conspirando al propio fin con amigable alianza, sostenida con el dinero y las oraciones de los pueblos cristianos: todas tienden á que, mediante la difusión de la luz evangélica, muchísimos extraños á la Iglesia conozcan á Dios y le adoren, como también á su enviado Jesucristo. En su virtud, según indicamos, estas dos instituciones fueron colmadas en Letras apostólicas de merecidos elogios por nuestro predecesor Pío IX, y enriquecidas largamente con sagradas indulgencias.

Como estas tres asociaciones gozaron de tanto favor á los ojos de los Sumos Pontífices, y ninguna de ellas desistió nunca de cumplir su propio cometido con empeño concorde, dieron abundantes frutos de salud, proporcionaron á nuestra Congregación de *Propaganda Fide* no leve auxilio y consuelo al sostener las cargas de las Misiones, y parecieron florecer hasta el punto de dar alegres esperanzas de mies más abundante para el porvenir. Empero las muchas y violentas tempestades que contra la Iglesia se han desencadenado en las regiones iluminadas antes por la luz evangélica, causaron detrimento áun á las obras establecidas para civilizar á los pueblos bárbaros. Muchas fueron las causas que disminuyeron el número y la generosidad de los socios. Realmente, habiéndose difundido por el mundo perversas opiniones que aguzan el apetito de la terrena felicidad, despreciándose la esperanza de los bienes celestiales, ¿qué debe aguardarse del que se vale del espíritu para escoger voluptuosidades, y del cuerpo al fin de disfrutarlas? ¿Pueden semejantes hombres dirigir plegarias por las que, implorado Dios, lleve con la gracia triunfante la luz divina del Evangelio á los pueblos sentados en las tinieblas? ¿Proporcionarán éstos acaso auxilio á los sacerdotes que por la fe trabajan y combaten? Por el contrario, gracias á la maldad de los tiempos, sucedió que áun los ánimos de los hombres pios hiciéronse más rehacios á la munificencia, ya porque se resfrió la caridad de muchos, merced á las numerosas iniquidades, ya porque las angustias particulares y la marcha de los acontecimientos (añádase asimismo el temor de tiempos peores) hicieron que muchos fueron tenaces en retener y parcos en dar.

Empero las Misiones apostólicas se ven estrechadas por múltiples y graves necesidades, porque cada día es menor el número de los sagrados obreros, no hallándose pronto sacerdotes iguales en núme-

ro y en valor para suceder á los arrebatados por la muerte, á los caucos por la vejez y á los rendidos por la fatiga. Vemos también á las Ordenes religiosas, de las cuales iban muchos á las Misiones, disueltas por leyes tiránicas; á los sacerdotes arrancados de los altares al par que sometidos al servicio militar, y casi en todas partes confiscados los bienes de uno y otro clero. Entre tanto, abierta la entrada en otras regiones que parecían inaccesibles, aumentados los conocimientos de los lugares y de las gentes, solicitáronse muchas otras expediciones de los soldados de Cristo, y estableciéronse nuevas estaciones, deseándose para ellas muchos que á tales Misiones se dediquen ó les proporcionen oportunos subsidios.—Prescindamos de las dificultades y obstáculos que las contradicciones engendran, porque muchas veces hombres falaces, que siembran errores, se disfrazan de apóstoles de Cristo, y abundantemente provistos de humanos socorros, toman el oficio de sacerdotes católicos, y se insinúan en lugar de los que faltan, ó se sientan en cátedra erigida contra ellos, reputando que han conseguido bastante su fin si hacen ambi-

gua la senda de la salud á los que oyen la palabra de Dios explicada de diverso modo. Y ¡ojalá no consiguiesen algo con sus artes! Es ciertamente deplorable que los mismos que miran de mal modo á tales maestros, por no conocerlos absolutamente, ó por ansiar la pura luz de la verdad, no hallen con frecuencia quien les instruya en la sagrada doctrina y les invite á entrar en el seno de la Iglesia. Verdaderamente los párvulos piden pan, y no existe quien se lo parta: aunque las regiones blanquean por la mucha mies, los obreros son pocos y acaso serán en breve mucho más escasos.

Hallándose así las cosas, venerables Hermanos, *creemos deber estimular el celo y la caridad de los cristianos á fin de que, con oraciones ó con limosnas, procuren auxiliar la obra de las sagradas Misiones y promover la propagación de la fe*. Cuán excelente es esto lo demuestran tanto los bienes que se propone como los frutos que se sacan, porque aspira esta santa Obra directamente á extender en la tierra la gloria del nombre divino y el reino de Cristo, siendo sobre toda ponderación benéfica para los llamados del

cieno de los vicios y de la sombra de la muerte: además de que resultan capaces de la salvación sempiterna, son conducidos á la gentileza de la vida civilizada desde su culto bárbaro y sus salvajes costumbres. Resulta también utilísima y fructuosa para los que contribuyen á ella de algún modo, porque les proporciona riquezas espirituales, les ofrece materia de mérito, y casi hace que Dios les sea deudor del beneficio.

A vosotros, pues, venerables Hermanos, llamados á contribuir á nuestra solicitud, exhortamos vivamente á fin de que, puesta la confianza en Dios y sin desalentarse por dificultad alguna, procureis con Nos auxiliar pronto y enérgicamente las Misiones apostólicas. Trátase de la salud de las almas, por las que nuestro Redentor ofreció la suya, constituyéndonos á Nos, á los obispos y á los sacerdotes para el perfeccionamiento de los santos y edificación de su cuerpo. En su virtud, cada uno en el lugar donde le ha puesto Dios para que custodie su grey, esforcémonos por todos los medios á fin de que las sagradas Misiones reciban los auxilios que, según hemos recordado, estuvieron en uso desde los albores de la Iglesia, es decir, la predi-



DE HAKODATÉ Á YOKOHAMA.— Los viajeros.  
Eduardo de Bavier; —Rdo. Marin; —Ernesto de Bavier. (Pág. 12).

cacion del Evangelio, las oraciones y las limosnas de los hombres piadosos.

Si encontrais, pues, algunos celosos de la divina gloria, dispuestos é idóneos para emprender las sagradas expediciones, alentadlos á fin de que, conocida y explorada la voluntad de Dios, no se dejen emperezar por la carne ó la sangre, apresurándose por el contrario á oír las voces del Espíritu Santo.—A los demás sacerdotes, á las Ordenes religiosas de uno y otro sexo, á todos los fieles, por último, confiados á vuestra solicitud, inculcad con estudio grande á fin de que mediante oraciones nunca interrumpidas imploren el auxilio celeste para los sembradores de la divina palabra. Tomen para ello por intercesores á la Virgen Madre de Dios, que puede aplastar á todos los monstruos de los errores; á su Esposo purísimo, á quien muchas Misiones designaron ya para protector y custodio, habiéndole nombrado hace poco la Santa Sede Patron de la Iglesia universal; á los Príncipes y á toda la compañía de los Apóstoles, que habiendo predicado por vez primera el Evangelio, hicieron resonar en todos los confines de la tierra; y finalmente á los demás campeones ilustres por su santidad que consumieron sus fuerzas en el propio ministerio, derramaron su sangre ó perdieron la vida.

A las súplicas únase la limosna, cuya fuerza está en que los que á los hombres apostólicos auxilian, aunque separados estén por grandes distancias ó entretenidos en otras ocupaciones, se hacen socios suyos así en los trabajos como en los méritos. El tiempo es realmente tal que muchos se ven constreñidos por la miseria: no por ello decaiga el espíritu de ninguno, porque á nadie, sin duda, le debe ser difícil la oblation de la pequeña moneda que para el fin se requiere,



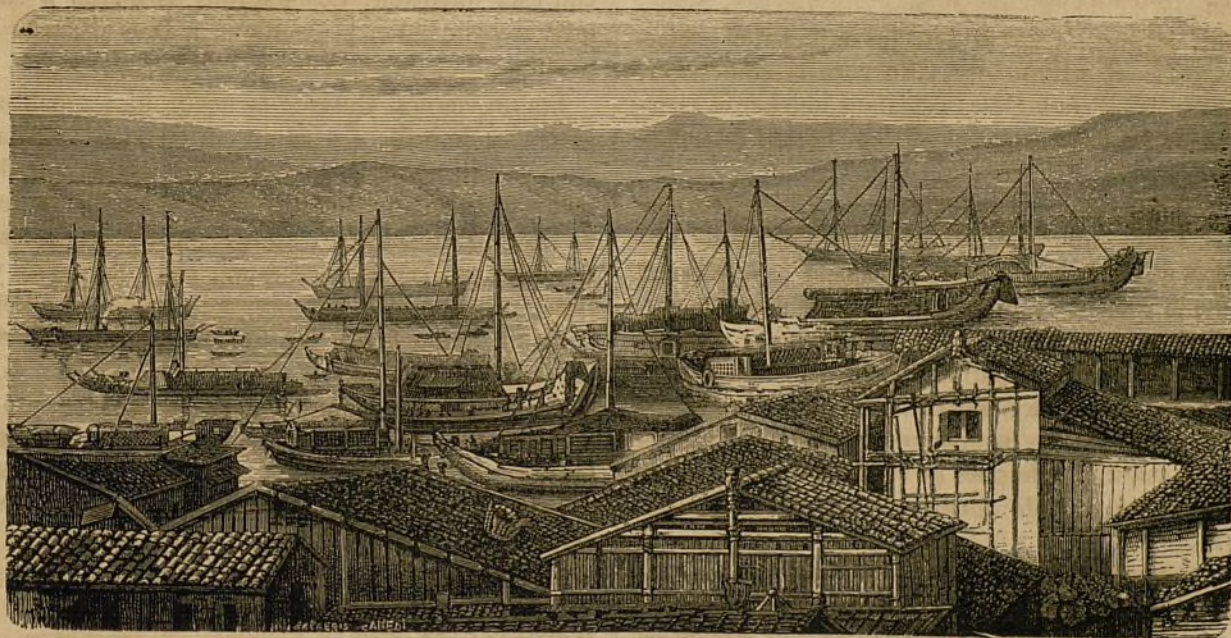
DE HAKODATÉ Á YOKOHAMA.—El *djin-riki-cha*, ó calesa japonesa. (Pág. 12).

por las sagradas Misiones, aunque sea poco dinero, y al que, añadiendo la oracion, ejerce á la vez muchas y varias obras de caridad, haciéndose auxiliar de Dios para la salud del prójimo, obra que los santos Padres llamaron la más divina de todas.

Alimentamos la confianza cierta, venerables Hermanos, de que cuantos se glorian del nombre de católicos, revolviendo en su memoria estas consideraciones, é inflamados por vuestras exhortaciones, no dejarán de hacer esta obra de caridad por nosotros tan querida, ni permitirán que las solicitudes para dilatar el reino de Jesucristo queden vencidas por la diligencia é industria de los que procuran con afan difundir el dominio del príncipe de las tinieblas. En el ínterin, implorando á Dios, propicio para las empresas de los pueblos cristianos, concedemos en el Señor afectuosísimamente la bendicion apostólica, testimonio de nuestra benevolencia singular, á vos, venerables Hermanos, al clero y al pueblo confiado á vuestra vigilancia.

Dado en Roma, en San Pedro, el día 3 de Diciembre de 1880, tercero de nuestro pontificado.

LEON PAPA XIII.



DE HAKODATÉ Á YOKOHAMA.—Rada de Hakodaté. (Pág. 12).

## CORRESPONDENCIA.

## INDOSTAN.

*Carta del Rdo. Barralon, misionero de Pondichery.*

Acabo de llegar de Annapady con un fuerte chaparron que me ha obligado á refugiarme en un establo en medio de búfalos, y desde aquí paso á referiros las maravillas que ha obrado Dios en este dia.

El pueblo de Annapady está situado á diez ó doce millas al Norte de Vadugerpatty, y contiene anchas calles tiradas á cordel y multitud de pagodas en las que se adora al diablo. Los habitantes en número de 1,500 pertenecen á la casta de los Nainars, division de la de los Udears, á excepcion de algunas familias de Retty: son labradores en su mayor parte, y bajo este aspecto los más favorecidos del distrito.

Hace tres años uno de los principales de Annapady fué llamado por sus negocios comerciales á una localidad del Sur, donde existen gran número de neófitos. Moviéndose por la gracia de Dios, enteróse de nuestra santa Religion; nuestros fieles le explicaron lo que sabian y le llevaron á Vadugerpatty, donde residia el P. Faure.

El Padre designó á uno de sus cristianos para que instruyese á este hombre de buena voluntad. Al mismo tiempo otro pagano del mismo pueblo solicitó la misma gracia, y al mes y medio se les pudo bautizar con sus mujeres é hijos, siendo en total nueve personas.

Estos neófitos pidieron en seguida que se les edificase una pequeña capilla, asegurando que esta seria la señal de numerosas conversiones entre sus parientes.

Hasta entonces los paganos habian permanecido quietos, pero cuando supieron que tratábamos de adquirir un terreno concertáronse todos para hacer fracasar nuestro proyecto. Entonces el P. Faure elevó una solicitud al colector de Trichinópoli; pero este magistrado encargó el exámen de este asunto á un empleado inferior que, sobornado sin duda por los paganos, extendió un oficio enteramente desfavorable, y la súplica fué desestimada. El P. Faure, sin darse por vencido, formuló una segunda peticion.

Al fin, despues de más de dos años de lucha, el gobierno nos cedió el terreno necesario para la edificacion; pero segun las leyes inglesas debíamos obtener el asentimiento de los habitantes del pueblo, lo cual era difficilísimo.

Así estaban las cosas cuando fui llamado á reemplazar al P. Faure en la administracion del distrito de Vadugerpatty. El Padre lo habia arreglado casi todo con el diputado colector, á pesar de lo cual debí esperar todavía un mes para recibir un aviso definitivo, y por añadidura vinieron á participarme que los paganos, fuertes en una promesa que decian haberles hecho el gran colector de Trichinópoly, habian rodeado de una cerca el terreno en cuestion, despues de sembrar en él diversas legumbres, no cesando además de molestar á los cristianos.

Pronto comprendí que el asunto, por razon de estar lleno de dificultades, tenia una importancia capital para lo porvenir de nuestra autoridad en esta region del Sud, por lo cual escribí al diputado colector. Pasó un

mes sin obtener la menor contestacion, mientras por un lado iban creciendo las pretensiones de los paganos, y por otro el desaliento de los cristianos. Al fin recibí una carta del Dassidar anunciándome que tenia orden de ir á medir el terreno y que se dirigiria al pueblo de Annapady á la mañana siguiente. Grande fué mi gozo, y partí por la noche hácia el mismo punto con siete ú ocho cristianos.

Los paganos al vernos manifestáronse grandemente encolerizados; y como no habian ocultado su propósito de matarme, hicime preceder de un hombre armado con un fusil para imponerles. Apenas llegó el Dassidar leyóse en mi presencia y ante el pueblo reunido las órdenes expresadas en tres cartas del diputado colector, la última de las cuales era muy terminante. Hubo, sin embargo, acaloradas disputas cuando llegó el caso de medir el terreno. Como estaba situado al frente de una pagoda, decian con espanto los paganos, que si erigiamos una iglesia en el punto indicado, el demonio protector huiria y todos se verian obligados á hacerse cristianos. Estas conversaciones tenidas en público eran como un desafio que se nos hacia, afirmando todos que si ejecutábamos nuestros designios nos darian muerte.

Despues de fijar los lindes del terreno, procedióse á extender y firmar el acta en el local que servia de tribunal improvisado. Volvieron á comenzar las disputas, y el Dassidar y yo fuimos insultados por uno de los principales paganos, contra el cual se instruyó sumaria al momento; pero pedí y obtuve su perdon.

Los cristianos comenzaron al punto á derribar la antigua valla y á plantar otra. Para evitar nuevas complicaciones rogué al Dassidar que retardase su partida hasta que hubiese terminado dicha operacion, y me retiré al pueblo de Aimaburam, no léjos del de Annapady, en casa de unos buenos cristianos. A excepcion de esta familia, todos los demás habitantes son paganos, pero admirablemente dispuestos en favor de la Religion.

Como la sequía amenazaba destruir la cosecha, dije á los habitantes que celebraria el sacrificio de la Misa en su pueblo, y ellos me suplicaron pidiese á Dios que les enviase una buena lluvia. Dije, en efecto, la santa Misa con esta intencion. Los paganos asistieron á ella con gran recogimiento, y yo rogué á Dios por este pobre pueblo.

Era un viernes. Durante la noche hice construir una gran cruz de madera y adornarla de flores. Acabada la Misa nos encaminámos á Annapady. Habia resuelto tomar solemnemente posesion de aquel terreno en nombre de Dios; y el Dassidar, aunque protestante, prestó su concurso con la mejor voluntad. Doce tambores y seis trompetas, que hasta entonces sólo habian tocado por el demonio, abrian la marcha. El Dassidar manifestó deseos de seguir la procesion, y se colocó á mi lado. Los paganos nos seguian asombrados y en el orden más completo. Dimos la vuelta al pueblo, pasámos por delante de las pagodas, y los demonios, cuyo imperio venia la cruz á derrocar, debieron estremecerse de espanto. Por mi parte sentia inexplicable gozo, como que asistia á un gran milagro del poder divino: aquellos hombres, que el dia antes querian matarme, seguian hoy á la cruz de Jesucristo!

Llegámos, por último, al sitio de la futura iglesia.

Bendije el terreno y la cruz, y entre el Dassidar y yo levantámos el signo de la redencion por encima de la multitud, y al son de tambores y trompetas la plantámos en tierra.

Tengo la firme esperanza de que este árbol de vida no tardará en producir abundantes frutos de salvacion.

Su primer beneficio ha sido la inmediata reconciliacion entre cristianos y paganos. Despues se distribuyó el *betel* (1), que todos aceptaron en señal de paz, y nos pusimos á conversar juntos como antiguos amigos.

—Padre, me decian estos pobres paganos; si vuestro Dios nos enviase la lluvia, seríamos todos suyos.

El cielo estaba muy despejado, y yo no tenia bastante fe para esperar entonces un milagro. Volví á Annapady, y mientras tanto mis cristianos levantaron apresuradamente, *con auxilio de los paganos*, un ancho pedestal, sobre el que levantaron la cruz, y además construyeron una especie de templete que la cobijaba, formado de un techo de paja sostenido por cuatro pilares. Al volver por la tarde, no pude contener las lágrimas. Aquel monumento improvisado me pareció más bello que una catedral gótica.

Los laboriosos operarios estaban terminando el trabajo, cuando de repente cayó una lluvia torrencial. Los paganos, en vez de refugiarse en sus casas, manifestaban con grandes gritos su alegría. Por mi parte, dominando mi emocion, y lleno el corazon de reconocimiento hácia Dios, me puse á hablarles de la Religion y de los innumerables beneficios que les traeria. Todos estaban ganados para la causa católica. Sólo faltaba un hombre: el que estuvo á pique de ser procesado por habernos dirigido graves injurias. De pronto, en lo más récio de la lluvia, llega y se arroja á mis piés con su familia.

Todos pudieron comprobar al dia siguiente que la lluvia habia caído sólo en un limitado espacio de territorio; pero en tanta abundancia que las poblaciones cercanas pudieron obtener al agua que sobraba en Annapady.

Cuando la lluvia moderó algo, pude dirigirme á Aimaburam, llegada ya la noche.

Pedidle á Dios que se digne bendecir los trabajos de este pobre misionero.

## ALTO-ZAMBESE.

(ÁFRICA AUSTRAL (2)).

*Carta del P. Depelchin, de la Compañia de Jesús.*

Tati, 16 de Mayo de 1880.

... Dejé Gubulawayo y al rey Lo-Bengula el 7 de Abril, y desde el 13 me encuentro en Tati, en donde esperaré á los misioneros que deben llegar de Kimberley, y merced á cuyo concurso podremos realizar pronto nuestros planes.

Una vez establecidos en el centro del Africa austral, nos dirigiremos por grupos de cuatro ó cinco á las diferentes tribus que pueblan, al Norte, la vertiente septentrional del Zambese, y al Este las costas del Oceano Indio y la region conocida con el nombre de Sofala.

Como para esto necesitábamos refuerzos, fué mi pri-

(1) Planta que se cria en la India y cuya hoja mascan por regalo los naturales.

(2) Véase el tomo I, págs. 299, 347, 372, 398, 423, 445, 469, 491 y 515.

mer cuidado, al llegar al país de los Matabeles, pedirlos á nuestros hermanos de Europa. Mis súplicas fueron favorablemente acogidas, y se me anunció la próxima partida de cuatro Padres y cuatro Hermanos, que en Kimberley se unirán al P. Teroerde y al H. Devylder, á quienes envié con un wagon para traer de allí lo que nos quedaba de *colis* y víveres.

El P. Teroerde, que habia salido de Tati el 20 de Octubre, llegó á Kimberley el 1.º de Diciembre de 1879. El 30 de Octubre pasó por Shoshong, y tuvo una entrevista con el rey Khama. Fué bien recibido por el jefe de los Bamangwatos y obtuvo de él permiso para que nuestros futuros misioneros pudiesen seguir, si les convenia, el camino que de Shoshong conduce al Zambese, camino más directo y corto que el de Tati á las cataratas Victoria.

En el país de Khama el P. Teroerde encontró gran número de Makalakas que han huído de la sujecion que los Matabeles querian imponerles. Las tribus de los Makalakas habitan las regiones situadas entre los montes Matoppo al Norte y el Limpopo al Sud, y entre los Bamangwatos al Oeste y el país de Umzila al Este, y parecen las más industriosas y susceptibles de civilizacion entre todas las del Africa austral. Los campos de maíz y de mijo que cultivan en las cercanías de Shoshong presentan muy buen aspecto. El Sr. Taylor, uno de los más antiguos residentes europeos, aseguraba al P. Teroerde que, si habia medio de reunir las tribus dispersas de los Makalakas, podria establecerse entre ellos una Mision que pronto estaria floreciente. Gracias á estas tribus, aumenta de dia en dia la fertilidad y prosperidad del reino de Khama.

Al despedirse de aquel soberano el P. Teroerde le preguntó si se le ofrecia algo para sus conocidos de Kimberley, en particular para el Sr. Barber, su antiguo amigo de infancia.

—¡Ah! exclamó Khama; ¡mi amigo Barber! quiero enviarle un magnífico presente, y espero que tendréis á bien entregárselo.

Y al punto dió al Padre á dicho fin una hermosa piel de leopardo... Nuestro misionero quedó encantado del buen proceder de Khama; sin embargo, no se atrevió á hablarle de una Mision católica en Shoshong, recordando lo que todos, blancos y negros, le habian dicho de la tenacidad de aquel jefe: «Lo que Khama ha resuelto una vez es irrevocable.» Esperemos, no obstante, que circunstancias favorables nos abran un dia los Estados del *Gentlemann* del Africa austral.

El 4 de Noviembre nuestros viajeros llegaron á orillas del Limpopo, y de léjos percibieron en lo alto de un grande árbol la bandera inglesa, signo de la dominacion británica. A su sombra estaban acampados multitud de mercaderes que recibieron muy bien á los misioneros. Pasaron éstos por Tseni-Tseni y Braakfonteyn, y llegaron el 19 á Sevenfonteyn, en donde hallaron una familia católica.

Continuaron su camino por Zeerust, el Malopo, el Hart-river, Mamusa y Christiana, y llegaron al fin á Kimberley el 1.º de Diciembre. En su viaje fueron perfectamente acogidos por los Boers del Transvaal y por las tribus de Betjuanas extendidas á lo largo de la frontera de la colonia.

MAPA-ITINERARIO  
 DE UN VIAJE  
 DE HAKODATÉ Á YOKOHAMA EN EL JAPON,

por el Rdo. Marin, de la Sociedad de Misiones extranjeras.



Durante los meses de Enero y Febrero el P. Teroerde preparó todo lo necesario para la segunda expedición apostólica al país de los Matabeles, mientras llegaban los nuevos misioneros, los PP. Dewit, Berghegge, Wehl y Weiskopf, y los HH. Vervenne, Simonis y Proest.

Como veis, durante un año hemos recorrido bastante camino, y la Providencia nos ha bendecido á todos visiblemente. Tendremos, pues: 1.º la estacion de Tati ocupada por los PP. Blanca y Berghegge; 2.º la de Gubulawayo por los PP. Dewit y Croonenberghs; 3.º la de Umzila por los PP. Law y Wehl; 4.º la de los Marotses, servida por el P. Teroerde y yo...

Decididamente mañana dejaremos Tati, dirigiéndonos al Zambese...

Ahora es cuando van á comenzar para nosotros las grandes dificultades. Hasta el presente no hemos viajado, por decirlo así, más que á través de países civilizados y de regiones bastante sanas y frecuentadas por europeos, y seguidos de nuestros carros. Pero en adelante vamos á tocar la parte más difícil de las Misiones africanas.

En primer lugar, dificultades del viaje... A diez jornadas de aquí nos será preciso abandonar nuestros carruajes á causa de la mosca *tsetsé*, que mataria indefectiblemente á nuestros bueyes. Tendremos que caminar á pié y fiarnos de guías y bagajeros negros, y sabido es lo que los exploradores y misioneros del Africa ecuatorial han tenido que sufrir á causa de las exigencias, de los caprichos y de la malevolencia de estos faquines africanos.

En segundo lugar, dificultades ocasionadas por lo mortífero del clima. A medida que descenderemos de las montañas de los Matabeles para seguir los afluentes del Zambese y aproximarnos al gran río, tendremos que atravesar llanuras pantanosas y bosques impenetrables en los cuales reina la fiebre como soberana. Todos los viajeros han tenido que sufrir cruelmente á causa de ella, siendo lo peor las privaciones de todo género de las que no hay medio de escapar: prolongados ayunos, marchas forzadas, grosero alimento, sin abrigo, sin recursos de ningun género!... Mas ¿qué importa? Dios será con nosotros, y si debemos morir en el campo de batalla, daremos generosamente nuestra vida por la causa de Jesucristo!

Por último, grandes dificultades por parte de las tribus salvajes ribereñas del Zambese. Aunque menos belicosas que los Zulús, las tribus de los Marotses-Mambundas, que han subyugado los débiles pueblos de los Makololos, nos ofrecerán, bajo el punto de vista de la conversion, los mismos obstáculos que los demás pueblos de raza africana.

Los viajeros que en nuestra ruta hemos encontrado y que volvian del Zambese nos han hecho sin excepcion tristes descripciones de las costumbres de dichas tribus. Segun un médico austriaco, el Dr. Holub, que ha pasado cinco años en medio de ellas, hay muchos puntos de contacto entre lo que nosotros mismos hemos visto de las costumbres é instituciones de los Matabeles y lo que él ha observado de la religion y las prácticas de los Marotses-Mambundas. Es decir que estaremos allí, más aún que entre los Matabeles, en pleno salvajismo negro, y además tendremos que luchar contra las inclemencias del clima y los horrores de los caminos africanos.

Por esto ponemos toda nuestra confianza en la proteccion divina y en las buenas obras de nuestros hermanos y amigos de Europa. Nos encomendamos más especialmente que nunca á su generosa caridad, que nos ha permitido ya, con el favor de Dios, llevar á buen término los comienzos de nuestra difícil empresa.

Por lo demás, tengo la satisfaccion de decirles que el porvenir de nuestra Mision está, por decirlo así, asegurado. Multitud de jóvenes se nos han presentado para compartir nuestros trabajos y fatigas, y con ellos contamos para proseguir y acabar un día la obra que hoy emprendemos con la bendicion de Dios y la aprobacion de la Santa Sede. Ellos serán nuestros sucesores, y nosotros podremos morir en paz con el pensamiento de que otros nos seguirán para continuar nuestro apostolado. Con esta consoladora idea os doy un postrer «á Dios» antes de salir de Tati, y concluyo mi carta encomendándome con los míos á vuestras oraciones.

## CANADA.

*Carta del P. Fourmont, oblato de Maria Inmaculada, misionero de la diócesis de San Alberto.*

La Mision del Sagrado Corazon está situada á los 106º de longitud occidental (meridiano de Greenwich) y 52º 55' de latitud septentrional á orillas del hermoso lago Canard, *Sisibak-Sakiabigan*; nombre que le viene de las bandadas de volátiles que en cada primavera descienden sobre sus tranquilas aguas, ó se ocultan entre la verde espesura que lo corona. Este pequeño mar interior tiene unas 5 millas de largo por 3 de ancho; sus riberas son muy pintorescas, y en su superficie se dibuja una isla cubierta de álamos blancos cuyas hojas se agitan siempre. La gallineta y el cisne lo cruzan en todos sentidos, y en sus riberas se estaciona la grulla de largo pico. Ofrece, en suma, un paisaje encantador que seduce á los extranjeros y les invita á veces á plantar allí su tienda.

No léjos del lago vivía bajo el imperio de Satanás una pobre tribu de salvajes *Cris* llamados *la gente de los sauces*. A 3 millas de distancia, sobre un monte desde el cual pretendía gobernar toda la comarca, el jefe *Mystowesis* (*Barbudo*) había levantado su choza como una especie de castillo; y aun cuando los demás salvajes aceptaban los ofrecimientos y las *reservas* del Gobierno, aquel jefe intratable se obstinaba en guardar su libertad y llamarse dueño absoluto del país. Bajaba en ciertas épocas con los suyos, imponía crecidos tributos, y se entregaba al robo en los cortijos y establecimientos de los comerciantes. Fuese temor, fuese conmisericordia, siempre se pagaba una contribucion á tan peligroso vecino. En tiempo de carestía sorprendíanle arrodillado delante de cabezas de búfalo cubiertas con una especie de gorro de indiana, pidiendo á sus genios que hiciese volver los animales á la pradera.

No obstante su horror á la civilizacion, *Mystowesis* era al fin todo un diplomático, y más de una vez cogió en sus trampas á los blancos. Hé aquí un ejemplo entre muchos.

Un rico comerciante de la vecindad, que sospechaba el había robado un caballo, encaminóse á su choza para

reclamarlo; pero el astuto salvaje no le permitió siquiera exponer el objeto de su peticion. Girando hábilmente la conversacion, púsose á hablar con abrumadora volubilidad, deshaciéndose en cumplimientos con su visitante, ponderando todos sus méritos, teniendo á mucha honra el que se dignase entrar en su pobre choza, y sin darle tiempo para formular su queja.

— ¡ Mi caballo ! ¿ qué has hecho de mi caballo ? — es todo lo que podia decir el infeliz comerciante.

Y Mystowesis decia al punto :

— Hoy no hablemos más de esto : el honor de tu visita me hace olvidar cualquier otro pensamiento.

Y volvía á sus discursos sin dejarle al otro respirar. Por esta vez no hubo más remedio que renunciar á que se hiciese justicia, hasta que transcurrido poco tiempo y con ocasion de pasar por allí el juez, acompañado de una especie de cabo decorado con el título de *policeman*, el referido comerciante invocó su ayuda y proteccion. Mandóse, pues, á Mystowesis que compareciese ante el representante de la que los salvajes llaman su *abuela* de ultramar (la reina). Compareció, en efecto, pero con su escolta armada. Esta vez se trató del caballo, pero rayó tambien tan alta la locuacidad del *Barbudo* y supo embrollar de tal modo la cuestion, que el juez, si bien convencido de su culpabilidad, no se atrevió á condenarle.

Fuera de esto y á pesar de sus extravagancias y arbitrariedades dicho salvaje usa de política en sus relaciones con los misioneros : si necesita de ellos, exáltalos enfáticamente y habla con elogio de nuestra *buena oracion*; afirma que tambien él ora, y dice que estaria dispuesto á recibir el Bautismo si no hubiese hecho voto á sus genios de esperar algunos años más. Si se le amenaza con la cólera del Grande-Espíritu, se humilla y recibe la correccion con el sonris en los labios. Ciertamente no nos engañan sus maneras, pero debemos admirar aquí la bondad de Dios. La hermana y la sobrinita de Mystowesis, no obstante sus amenazas, han tenido valor para hacerse bautizar, habiéndoles sido preciso á esas pobres mujeres desplegar increíble energía para hacer frente á todas las dificultades. Venian á la Mision del Sagrado Corazon con un frio rigurosísimo; pasaban largas horas orando, y para instruir las tuve que interrumpir los trabajos en que me ocupaba. Por su parte, el cuñado de Mystowesis, aunque todavía infiel, deja en completa libertad á esas dos animosas cristianas, y él mismo me encarga algunas misas de vez en cuando. ¡ Ojalá Dios complete tan admirable obra ! En este momento instruyo á tres adultos catecúmenos.

Por su lado el P. Andrés ha bautizado veinte salvajes y podemos columbrar no muy lejano el dia en que la gente del jefe Mystowesis quedará reducida á él y á sus más íntimos. Cada dia le abandonan algunos, y su poder disminuye sensiblemente.

En 1868 fué cuando llegó por vez primera un misionero á las riberas de nuestro hermoso lago. Era el Padre Andrés, destinado por Dios para echar á Satanás de un dominio en que reinaba hacia siglos. Iba á visitar algunas familias principales de los mestizos, cuando un dia se oyó el sonido argentino de una campana en medio de aquella naturaleza cuyo silencio interrumpian sólo con sus cantos las aves acuáticas. De las ahumadas chozas y de las tiendas de color blanco y ceniciento sale

al punto una caterva de chicuelos; corren á agruparse al rededor de un altar erigido al aire libre, y pronto vienen á juntarseles y á rodear al misionero padres y madres, jóvenes y ancianos. Elévanse al cielo sagrados cánticos, el misionero ofrece el santo Sacrificio, y aquellas pobres gentes, faltas hasta entonces de todo auxilio religioso, lloran de alegría al ver un sacerdote en medio de ellas. Comulgan los cristianos, y cualquiera diria ser aquella una fiesta de los tiempos apostólicos.

No bastaba un altar al aire libre; faltaba una iglesia, y la Providencia se encargó de disponerlo todo. En 1874 llegaba al lago Sisibak un rico negociante de la secta anglicana seguido de numerosos carros cargados de mercancías. Absorto á la vista de este hermoso lugar, resolvió fundar aquí una factoría. En su pensamiento era este un sitio favorable para el tráfico de pieles. A este protestante escogió Dios para que fuese el protector del misionero. Su primera visita fué al P. Andrés, superior de la vecina Mision de San Lorenzo, y de ella surgió un incidente. Presentóse el visitante con tal desenvoltura que el misionero se creyó obligado á hacerle algunas observaciones. Léjos de formalizarse, recibió la leccion con mucho agrado, y desde entonces el P. Andrés y el señor Stobard, que así se llamaba el recién llegado, fueron siempre amigos. Instalóse en la misma casa del protestante la capilla católica consagrada al divino Corazon de Jesús, y allí tambien debia formarse el proyecto de construir una iglesia definitiva.

Todos los sábados iba el Sr. Stobard á dormir en San Lorenzo para asistir á la mañana siguiente á los actos del culto católico, y por lo comun se prolongaba la velada en amigables pláticas y conversaciones. Un dia el misionero resolvió como quien dice echar la capa al toro, y despues de exponer á su huésped las ventajas espirituales y temporales que resultarian de dotar de una iglesia á la Mision del Sagrado Corazon, díjole que á él, al señor Stobard correspondia llevar á cabo tan bella obra. Convencido éste, como su venerable interlocutor, de la importancia del proyecto y de cuán necesario era bajo todos aspectos fomentar la colonizacion de un punto tan escogido, declaróse pronto á secundar la accion del sacerdote católico, ya con su influencia, ya con su dinero. La iglesia de San Lorenzo parecia un granero; la casa de la Mision era una choza, y no habia escuela ni huerfanato. Una numerosa poblacion se agrupaba á orillas del lago Canard, y una iglesia construida en dicho punto seria como un centro de reunion. El Sr. Stobard debia ser el bienhechor del país.

En suma, aquel dia quedó ganada la causa del sagrado Corazon. Vuelto á su residencia, el Sr. Stobard comunicó á su agente de negocios la proposicion del Padre Andrés; pero el tal sujeto se opuso desde luego y cerró su caja. Sin embargo, esto no impidió que el Sr. Stobard se nos mostrase generoso, y nos firmó una letra de 4,000 francos con la condicion de que la Mision encontrase una suma igual. No todo habia, pues, concluido; sin embargo, debíamos mostrarnos agradecidos á nuestro bienhechor por abrirnos el camino de emprender la construccion de nuestra iglesia, y rogámos á Dios que iluminase su entendimiento con las luces de la fe católica en recompensa de su bondad. Sucedia esto el 24 de Mayo de 1876.

Comenzóse, pues, inmediatamente á poner manos á la obra, confiando en la Inmaculada Virgen. Para los trabajos de carpintería fué escogido un escocés perteneciente á la secta presbiteriana, hombre entendido y de toda honradez. Apenas hubo comenzado, vinieron á turbar su alma escrúpulos de conciencia, efecto sin duda de la divina gracia. Las instrucciones del P. Andrés desvanecieron las últimas dudas que le quedaban y las añejas preocupaciones de su espíritu, y el Sábado Santo del siguiente año 1877 recibia el santo Bautismo y hacia su primera Comunión, recompensando Dios con el don de la verdadera fe su concurso á la obra católica.

Por desgracia este excelente neófito no pudo continuar largo tiempo en su tarea, pues se resentian notablemente sus propios negocios, y tuvo que atender exclusivamente á ellos. Para reemplazarle no encontramos sino una especie de aventurero, mal operario y mal católico, al cual debíamos hacer anticipos de dinero, sin que la obra adelantase mucho.

Tal estado de cosas no podia durar, y Dios se apiadó de nosotros haciendo que un tal Sr. Moore, rico protestante, completase la obra comenzada por el Sr. Stobard. Al efecto nos entregó dicho sujeto todo el material necesario para el techo del edificio, nos permitió abastecernos de madera en su establecimiento y hacerla aserrar en su molino de vapor del Príncipe-Alberto, concediéndonos para el pago plazos ilimitados. Yo trabajaba toda la semana, y cada sábado volvía á San Lorenzo.

En medio de estas tareas sorprendiéonos agradablemente la llegada del Ilmo. Grandin, que regresaba de Francia. Enteramente satisfecho de nuestra obra, nos regaló algunos ornamentos y un magnífico viril, don de una persona duramente afligida. El domingo siguiente fué destinado para la bendición de la casa de Dios. Nuestro Prelado bendijo la capilla y una campana ofrecida por generosos protestantes de aquella localidad. El Sr. Stobard, que hacia mucho tiempo estaba ausente, se hizo representar por su agente Sr. Hughes, y si no tuvo el consuelo de ver el resultado de su buena obra, cúpole al menos gran parte en nuestras oraciones de agradecimiento.

*Carta del P. Pascal al Ilmo. Clut, coadjutor de Athabaska-Mackenzia.*

Setiembre de 1880.

Vuestro corazón se regocijará en extremo al saber las copiosas bendiciones que Dios se ha dignado derramar sobre mis trabajos. Nuestros queridos *Comedores de carabaos* se afirman más y más en el bien, y á pesar de su ignorancia y su vida nómada estos hijos de los bosques no dejan de mostrar buena voluntad para llenar sus deberes cristianos.

A mediados de Diciembre de 1879 partí de la Mision de Nuestra Señora de los Dolores en direccion á la de la Natividad, en donde debia pasar las fiestas del Natalicio del Señor. Mi viaje duró seis días, sin ofrecer de notable más que el extraordinario rigor del frío; pero, llegado á la Mision, la grata compañía de mis hermanos me hizo olvidar pronto todo sufrimiento. Mi estancia en dicho punto se prolongó hasta fin de Febrero, y el 12 de Marzo volvía á encontrarme en la estacion de Nuestra Señora

de los Dolores, en medio de la alegría y del contento de mis queridos hijos espirituales. Apenas los salvajes que frecuentan este lugar supieron la llegada de su misionero, suspendieron sus trabajos de caza y salieron del fondo de los bosques para cumplir con el precepto pascual, circunstancia que me consoló mucho. Por mi parte hice cuanto pude para dar á la fiesta de Pascua la mayor solemnidad. Adornos, misa solemne, cánticos, instrucciones, bendición con el santísimo Sacramento, todo invitaba á la piedad, y fueron muy contados los que dejaron de acercarse á la sagrada Mesa. Mi corazón rebosaba contento en tan gran día, y no pude menos de atestiguar mi gratitud, no solamente á Dios, sino tambien á mis pobres salvajes. El Lunes Santo vinieron todos á darme la mano y á orar al pié de los altares, y al dispersarse terminadas las fiestas prometieronme volver todos por la primavera con sus mujeres é hijos. Efectivamente cumplieron su palabra, pues á medida que la nieve iba derritiéndose apresurábanse á venir con sus trineos cargados con sus bagajes y provisiones necesarias para el tiempo de su permanencia conmigo.

En realidad los ejercicios de la Mision comenzaron el 15 de Mayo, contribuyendo sobre todo á reavivar la fe los funerales de una pobre mujer que murió en los mejores sentimientos. En circunstancia tan favorable hice un esfuerzo para despertar el corazón de algunos indiferentes. Llegado el momento de la fúnebre ceremonia, la campana reunió á todos en la iglesia. Despues del responso y absolucion les dirigí algunas palabras invitándoles á acompañar el cuerpo á la última morada. Al llegar al cementerio la multitud rodeó la sepultura. Bendije la fosa y despues rogué á un empleado del fuerte, el bueno y fiel José Mercedi, que dijese algunas palabras apropiadas á la circunstancia. José, á quien respetan los indios por sus blancos cabellos y la autoridad de que goza, desempeñó cumplidamente su noble mision, y hasta diré, en alabanza de este excelente cristiano, que sobrepusó mis esperanzas.

¿Cómo, en efecto, no ser elocuente en presencia de la muerte y del polvo de la sepultura? La cruz, un cadáver, una fosa abierta, todo predica con elocuente lenguaje en estos sitios. Los salvajes oyeron en su idioma conmovedoras reflexiones sobre la brevedad de la vida, sobre la incertidumbre de la muerte y las consecuencias dichosas ó desgraciadas que la siguen. Las lágrimas humedecian los párpados de la mayoría; solamente los corazones endurecidos parecian resistir á la voz del orador, cuando por una feliz inspiracion el buen Mercedi descubre con una mano el rostro de la difunta y les invita con la otra á que se acerquen para contemplar los restos mortales de aquella que les habia edificado con una vida ejemplar. Entonces prorumpen todos en sollozos, las lágrimas surcan todas las mejillas, y el mismo orador conmovido exhorta á sus oyentes á vivir santamente y á mantenerse fieles á las instrucciones que se les dan.

Las palabras de Mercedi produjeron su efecto á juzgar por los resultados de la Mision. Las Comuniones fueron muy numerosas, treinta y dos niños recibieron el Bautismo, bendije ocho matrimonios, y obtuve promesas casi generales de guardar en lo futuro una conducta verdaderamente cristiana.

## VIAJES.

## DE HAKODATÉ Á YOKOHAMA.

(JAPON).

El Rdo. Marin, de la Sociedad de Misiones extranjeras, ha escrito la relacion que hoy comenzamos á publicar de un viaje que emprendió de Hakodaté á Yokohama en compañía de D. Eduardo de Bavier, cónsul general de Dinamarca en el Japon, y de su hermano D. Ernesto de Bavier, atravesando toda la parte septentrional de la isla de Nippon. El referido misionero refiere sus impresiones de viaje y sus observaciones sobre las comarcas curiosas y casi desconocidas que atraviesa. Los grabados que sucesivamente acompañarán su escrito son reproduccion de diversas fotografías sacadas por los viajeros en los mismos lugares de su tránsito. Para seguirles con más facilidad en su excursion hemos hecho grabar el mapa-itinerario que compuso el mismo Rdo. Marin. (Pág. 8).

## INTRODUCCION.

*Lunes, 29 de Abril.*—A las cinco de la tarde partíamos de Yokohama á bordo del vapor americano *New-York*. A las diez teníamos á la vista el faro de Nojima, á 20 leguas al Sudeste de Yokohama. A pesar del mal tiempo quise ver la luz que brillaba encima de una torre exagonal de 22 metros de altura, complaciéndome en recordar la emocion que sentí seis meses antes en una hermosa mañana de otoño al saludar desde lo alto de dicha torre el refulgente sol saliendo del seno de las aguas.

*Martes, 30 de Abril.*—A las ocho y media pocos pasajeros responden al tam-tam para el comun desayuno. El mareo, que los japoneses llaman en su enérgico lenguaje *funé ni yo* (embriaguez marina) obliga á la mayor parte de los viajeros á dar algunas horas más al reposo.

Brillaba el sol en el horizonte; el viento habia cesado; la marejada de la noche manteníase firme, é inmensas olas, cogiendo de flanco el buque, le daban un movimiento lento y solemne.

Un amigo vino á mostrarnos en frente de nosotros las costas de la provincia de Mito. Este país accidentado por colinas poco elevadas, ha quedado célebre por haber proporcionado la última rama de las tres grandes familias que durante más de tres siglos han ocupado sucesivamente el trono como taicunes. Sus habitantes han conservado todas sus simpatías al último Chogun y han jurado odio de muerte á las recientes innovaciones que imputan á los *bárbaros del Occidente*.

El último de los taicunes pertenecía á la familia de Mito, subió al trono en 1866 y sólo reinó dos años. En 1868 los poderosos feudatarios del Sud levantaron bandera de rebelion, batieron á los ejércitos de Keiki, de la casa de los Histots'bashi, y le arrebataron el cetro del Imperio. Nuevo Diocleciano, vivió desde entonces retirado en sus dominios de Suruga, pasando sus largas horas en cultivar flores y legumbres, y en amaestrar á los caballos árabes que Napoleon III le habia enviado antes como prenda de amistad.

Despues de haber proclamado la destitucion del taicun por traidor y felon, los príncipes victoriosos restablecieron el Mikado, especie de ídolo de una rara docilidad para los ambiciosos, en el trono de los Kamis ó de los dioses, sus pretendidos ascendientes (1).

Héme léjos de la provincia de Mito, pero vuelvo á ella

(1) Sobre la revolucion japonesa y sus consecuencias, véanse las *Cartas sobre el Japon*, tomo anterior, págs. 35, 82, 107 y 131.

para daros una idea bastante curiosa de lo que es capaz el odio al extranjero. Hace pocos años inventaron los japoneses un sistema de locomocion que honra más á su talento imitativo que á su humanidad. Hasta entonces habian viajado en sillas de manos; pero como estos vehiculos frecuentemente no son sino una especie de cestos donde apenas puede caber la mitad del cuerpo, los aristócratas pensaron con razon que seria más cómoda una pequeña calesa por el estilo de las nuestras: ingenioso sistema tan generalizado en poco tiempo, que las calles de Yedo y los caminos á 20 leguas de dicha ciudad están atestados de estos vehiculos, llamados *djin-riki-cha*. Su número aventaja en mucho al de los coches que circulan por París. Como el nombre lo indica (*djin*, hombre, *riki*, fuerza, *cha*, carro), los caballos son simplemente hombres que pueden competir en ligereza con los más ágiles cuadrúpedos. Cuando esos infelices han ejercido algun tiempo tan rudo oficio, sus pulmones están muy resentidos y su vida se ha acertado considerablemente.

No ha mucho algunos temerarios tuvieron la audacia de introducir el *djin-riki-cha* en el país de Mito, prometiéndose pingües beneficios; pero se engañaron. Creyendo que tales vehiculos eran una innovacion de los *bárbaros del Occidente*, los ciudadanos de Mito se precipitaron sobre ellos, hiciéronlos pedazos, y se disponian á hacer otro tanto con los audaces *ninsucu* (nombre genérico dado á los conductores); pero éstos habian puesto piés en polvorosa, abandonando sus calesas al furor popular.

Por la tarde me mostraron á lo léjos la bahía y las ricas llanuras del Sendai, que debia atravesar cinco semanas despues.

*Miércoles, 1 de Mayo.*—El *New-York* costeaba el Nambu, provincia inmensa, la más grande y la menos poblada del Japon, la más pobre en cultivo, pero de inagotable riqueza mineral. Cerca de nosotros las montañas se elevaban gradualmente y parecian apoyarse en los flancos de un elevado pico que las dominaba.

Al pié de estos montes se encuentran dos bahías muy abrigadas, que forman los puertos de Nambu y de Mia-co. Al decir de los marinos son las radas más seguras del mundo.

A las siete doblábamos el cabo Séria, al Noreste de la isla de Nippon. El cielo se habia encapotado; la noche aparecia brumosa y negra, y una lluvia fria hacia suspirar vivamente por llegar al puerto. La navegacion por el estrecho de Matsemai en tiempo de niebla es poco segura: á lo desapacible de una noche oscura hay que añadir los peligros que ofrecen la tierra y los peñascos colindantes y las rápidas corrientes que atraviesan el estrecho.

Despunta el día, pero la espesa bruma persiste en ocultarnos las tierras y los montes que nos rodean, hasta que á las seis y media aumenta la claridad y disípase la niebla como por encanto. Con gran sorpresa vemos que desde la vispera al anochecer no hemos adelantado aún 30 millas. Delante de nosotros aparece la isla de Yeso, desnuda, blanca, fria; damos la vuelta al árido pico al cual está adosada la ciudad de Hakodaté, y á las ocho un cañonazo anuncia á los habitantes de estas agresivas comarcas que un buque ha echado el ancla.

(Continuacion).

*Domingo, 22 de Diciembre.*—Dejamos Kissundo á las seis y media, y nos dirigimos hácia el Norte á través de un país ligeramente ondulado y sin árboles. Los habitantes casi no cultivan más que pistachos, y hacen consistir sus riquezas en numerosos rebaños. A las dos llegamos á un miserable pueblo compuesto de chozas en las cuales viven confundidos hombres y animales, viéndonos obligados á levantar aquí nuestras dos tiendas.

*Lunes, 23.*—Impacientes por abandonar un país donde no pueden proporcionarse *mutoma*, su alimento favorito, nuestros hombres no se hacen de rogar para ponerse en marcha, y á la salida del sol estamos ya en camión en dirección al Norte.

A lo mejor nos vemos detenidos por un jefe de tribu que no quiere dejarnos pasar por sus tierras si antes no pagamos el *bugo*. Con 2 *dotis* dejamos contento al nuevo reyezuelo, y seguimos adelante. A medio día llegamos á un pueblo que oigo llamar con el magnífico nombre de *María*! Nos dan por albergue una gran choza abandonada en donde acomodamos nuestros bagajes.

Algunos *pendés* de tela ordinaria nos bastan para contentar á las autoridades del país. Los negros son aquí de una simplicidad más que primitiva. La mayor parte de ellos visten como Adán antes de su caída, y los demás llevan en sus hombros una piel de buey.

De todos los pueblos vecinos acude una multitud de curiosos que asedian continuamente nuestra puerta para gozar del espectáculo de estos extraños seres que acaban de aparecer en medio de ellos. Todo lo que ven les admira y excita su codicia; recogen con afán los pedazos de papel abandonados y con infantil alegría adórnanse con ellos las orejas.

*Martes, 24.*—Nuestros bagajeros de Kissundo han tenido la ocurrencia de abandonarnos, y para no perder los demás que nos quedan y que al parecer están animados del mismo intento, decidimos hacerles partir inmediatamente con los PP. Barbot y Lourdel y el H. Amancio. El P. Girault y algunos *asharis* ó soldados se quedarán conmigo para guardar los restantes bagajes hasta que el P. Lourdel nos haya enviado algunos hombres de la tribu vecina.

Esta gente, á lo que parece, sólo es buena para guardar sus rebaños. Algunos han probado de levantar nuestros bultos, pero los han encontrado excesivamente pesados.

*Miércoles, 25.*—¡Navidad!... ¡cuántos recuerdos nos trae esta fiesta tan tierna, tan pomposamente celebrada en nuestra patria y en el Seminario... He tenido la dicha de celebrar misa á media noche y en nuestra miserable choza, que recuerda perfectamente el establo de Belén. ¿Por qué los Angeles no han anunciado á los pueblos de pastores que nos rodean el gran misterio que se pasaba en medio de ellos? ¡Dios mío! acordaos que habeis nacido para estos infelices pueblos, y no permitais que permanezcan por más tiempo extraños á los favores de vuestra misericordia.

Los habitantes de María que ayer no osaron cargar con nuestros bagajes, vienen por la mañana á ofrecernos sus servicios. Muchos de ellos se retiran despues de pasearse un poco con un bulto en los hombros. Algunos se mantienen firmes, y como son en número suficiente los contratamos por un *pendé* de tela y diez cuentas de perlas, tomando desde luego el camino de Perro, primer pueblo de la tribu de Semao, en donde deben esperarnos nuestros hermanos.

Atravesamos primero un país pedregoso, y despues llanos cubiertos de altas yerbas. El camino es fatigoso, y nos cuesta mucho hacer adelantar á los rezagados. Al fin llegamos al pueblo á las tres de la tarde.

Nuestros hermanos nos han llevado pocas horas de ventaja, pues sus *pagaçis* negáronse ayer á terminar la etapa, y les fué preciso acampar en el camino.

Dámonos prisa á poner nuestros bagajes al abrigo de la lluvia que comienza á caer. En vez del precio convenido, nuestros bagajeros piden un *dotis* de tela, prometiéndonos su concurso hasta la etapa siguiente. Accedemos, pero aplazando el pago para mañana.

Las chozas del pueblo de Perro están situadas al pié de una colina cuyos flancos están cubiertos de enormes rocas de granito. El *manangua* se muestra muy exigente, costándonos no poco hacer que se contente con un fusil y 4 *dotis* de tela.

*Jueves, 26.*—Apenas hemos pagado á los hombres de María, han huido todos. Sustitúyenlos otros para una etapa de camino, y la caravana emprende la marcha á las ocho y media.

Despues de caminar largo rato por un lodoso sendero llegamos á un grueso torrente que va del Oeste al Este. Sus escarpados ribazos hacen el paso muy difícil á nuestros bagajeros. He cometido la imprudencia de ganar la opuesta orilla montado en mi jumento, que ha llegado solo á ella, cayendo al agua la albarda y el ginete. No teniendo á mano vestido para cambiarme el mojado, me contento con escurrir bien mi camisa, y el sol del ecuador hará el resto.

Continuamos nuestra ruta por un país muy abundante en agua y muy poblado. Hombres, mujeres y niños acuden en tropel y siguen á la caravana algun trecho para tener el gusto de contemplarnos más tiempo. Estas poblaciones tienen un aspecto muy salvaje y algun tanto feroz. Con sus pieles de buey relucientes de manteca y grasa, sus cabellos erizados, sus facciones contraidas y su voz chillona, las mujeres parecen verdaderas furias. Muchas corren á derecha é izquierda agitando violentamente calabazas que contienen peladillas, y con esta zambra tal vez intentan ahuyentar los malos genios que ellos creen podemos conducir.

Despues de cuatro horas de marcha en dirección al Norte llegamos al lugar del campamento, pueblo situado á poca distancia del sitio donde vive el *ntemi* de la gran tribu de Semao. Por todo albergue no podemos obtener sino una pequeña choza en la que á duras penas caben nuestros bagajes y la cama del Padre que debe guardarlos, teniendo que cobijarnos los demás en nuestra tienda.

El *ntemi* nos envia un recado de que mañana no podremos partir y que vendrá él mismo para cobrar el *bugo* ó tributo.

*Viernes, 27.*—Hemos pasado cuatro horas discutiendo

do el *bugo*, así con el *manangua* como con el *ntemi* de la tribu, viéndonos obligados á dar en junto 7 *dolis* y medio, y un fusil.

A medio dia, mientras sentados en las albardas de nuestras caballerías comenzábamos á tomar nuestra frugal comida en tierra, que es nuestra mesa habitual, hemos oído una salvaje gritería. Salimos de la tienda y vemos una multitud de negros corriendo hácia el vecino pueblo, donde está acampada la caravana árabe. Inquirida la causa del tumulto, nos dicen nuestros *asharis* que los hombres de la tribu quieren apoderarse de las mercancías de los árabes.

—Pero ¿qué les han hecho los árabes? preguntamos.

—Nada, pero traen ricas telas, y los unyamuezis les declaran guerra para arrebatárselas.

¿Con que, poseyendo también nosotros algunas, podemos igualmente vernos atacados! Volvemos, pues, á nuestra tienda, rezamos juntos una corta oración, y continuamos después tranquilamente nuestra comida, abandonándonos á la Providencia divina.

Al cabo de media hora, echados los ladrones por el *manangua* que había tomado la defensa de los árabes, corren á nuestro campo; pero una mujer armada de un grueso palo les impide acercarse y les ahuyenta. Aquella mujer terrible, según nos dicen, es la esposa del *manangua*. Contenta con los presentes que hemos hecho á su marido, ha salido á nuestra defensa; y los negros, que temen mucho á sus jefes, no han osado resistir.

Por la noche nos promete el *manangua* buenos bagajeros para mañana, y añade que nos acompañará su hermano para protegernos contra los bandidos.

*Sábado, 28.* — La distribución de los bagajes semeja una verdadera batalla, pues todos los negros quieren coger un bulto. Inútiles son nuestros esfuerzos y los de nuestros *asharis* para poner paz, y tenemos que dejar á la fuerza bruta el cuidado de elegir nuestros auxiliares.

El P. Girault, que presidía la distribución, ha salido del combate, cubierto sin duda de gloria, pero más aún de polvo al querer despartir á los más audaces.

Organizada la caravana, damos la señal de partida, y descendiendo la pequeña altura en la que está construido el pueblo, entramos en una gran planicie y comenzamos á atravesar campos, sea que no haya sendero alguno, sea que nuestro *hirangozis* el viejo Anuri prefiera seguir la línea recta para llegar más pronto al nuevo campamento. De repente salen corriendo de un pueblo vecino multitud de negros, agrúpanse delante de la caravana y tratan de barrernos el paso, saltando como fieras, blandiendo sus lanzas y ahullando espantosamente. Muchos tenían la cabeza cubierta de un montón de pelo y plumaje, y semejaban todos un ejército de demonios que hacían un supremo esfuerzo para impedir nuestra llegada á las regiones que debemos arrancar á su tiránico imperio. Muchos de ellos nos echaban puñados de tierra como para provocarnos al combate, y otros tendían sus arcos amenazándonos con sus flechas. Encomendándonos á Dios, nos hemos adelantado con rostro tranquilo hácia aquella banda de furiosos, diciendo á los que parecían capitanearlos que habíamos hecho varios presentes al *ntemi* de la tribu, amigo nuestro; que queríamos paz con todo el mundo, y que para hacerla con ellos estábamos dispuestos á hacer un regalo al jefe de

su pueblo. Un joven negro de fisonomía viva é inteligente toma en consideración nuestras palabras y trata de poner paz, ayudándole otro negro que nos defendía aún con más calor; pero los demás no querían aceptar negociación alguna y continuaban agitándose con furia creciente en torno nuestro.

Entonces preguntamos al jefe de la caravana árabe en dónde está el hombre que debía acompañarnos, y nos responde que se ha quedado en su casa porque habíamos levantado el campo sin prevenirle.

No obstante, los dos negros que han tomado nuestro partido consiguen al fin atraerse buen número de sus compañeros, y nosotros continuamos nuestro camino, sin que se nos obligue á entregar lo ofrecido. Esta terrible tragedia ha durado más de media hora. ¡Bendito sea Dios por tan feliz é inesperado desenlace!

Cuanto más vamos, más conocemos con cuánta solicitud nos mira la Bondad divina. Podamos nosotros corresponder á ella empleándonos enteramente en su mayor gloria y en la salvación de las almas.

El país que atravesamos es abierto, ligeramente ondulado y erizado á trechos de rocas de granito. Por el camino tenemos que pagar un corto *bugo* al jefe de una tribu por cuyas intermediaciones pasamos. A medio dia hemos llegado á Sema-a-Perro, pueblo de la tribu de este nombre, situado en el declive de una pequeña altura, desde la cual tenemos el gozo de contemplar por vez primera la azulada superficie del Victoria-Nyanza.

## UNA VISITA Á LOS CABEZAS-CHATAS

POR EL ILMO. O'CONNOR, VICARIO APOSTÓLICO DE NEBRASKA.

### I.

El 19 de Junio, acompañado de un Padre jesuita, dejé Helena Montana para hacer una visita á la Misión de los *Cabezas-Chatas* de San Ignacio en la parte occidental del territorio de Nebraska.

Después de dos horas de cabalgar llegamos á la cordillera principal de las Montañas Berroqueñas, que por un lado envía sus aguas á los afluentes del Atlántico, y por otro á los del Pacífico.

El tiempo era magnífico y subimos á pié la montaña en una extensión de 5 millas (cerca de 8 kilómetros). Próximos á la región de las nieves perpétuas, mientras aguardábamos la llegada de la diligencia, pudimos gozar de la fresca brisa y admirar el sublime espectáculo que por todas partes se ofrecía á nuestras miradas.

Por espacio de una milla avanzamos con fatiga por una meseta de espesa arcilla y arena, y después comenzamos á descender las pendientes de la parte del Océano Pacífico. Primero caminábamos lentamente y con precaución á causa de los peligros del camino; pero luego llevamos un paso rápido hasta la orilla de los *Pequeños-Piés-Negros* en el valle inferior. Por el camino encontramos una choza abandonada, á la cual va unida una historia de sangre y de venganza, tal como á menudo se oye referir viajando por estas montañas.

Cinco millas más lejos llegamos á la estación en la que debíamos cambiar de caballos y en donde nos esperaba una confortante comida.

Después de medio dia seguimos nuestra ruta costean-do el río de los *Pequeños-Piés-Negros* á través de profun-

dos valles y por un camino orlado de césped y flores. Con frecuencia debíamos saltar en tierra y trepar cuevas que hubieran puesto á prueba los mismos piés de una cabra; y otras veces, subiéndolo de nuevo á la diligencia, bajábamos por pendientes que los muchachos más temerarios no se hubieran atrevido á afrontar. Al caer de la tarde, despues de atravesar un escarpado cerro, descubrimos de improviso Deer Lodge y su magnífico valle, en medio del cual serpentea el río del mismo nombre, oculto entre un bosque de algodoneros. Al lado opuesto presenta el suelo una vigorosa vegetacion que se extiende hasta los pinares que cubren las laderas de las montañas. Más allá levántanse peñascos de gigantescas proporciones, coronando tan imponente panorama el monte Powel y las nevadas cumbres de la cordillera de Deer Lodge. El aspecto general de esas crestas es el del mar agitado por violenta tempestad; pero las olas del Oceano son simple miniatura al lado de estas formidables prominencias de la corteza terrestre.

La transicion de lo sublime á lo ridículo es á menudo brusca. Una hora despues de contemplar tan grandioso cuadro estábamos profundamente hundidos en el lodo del valle, y sin embargo debíamos salir de él y ganar la tierra firme. La pala, instrumento indispensable á los carruajes que circulan por las Montañas Berroqueñas, hace entonces su papel. El conductor abre con ella paso delante de las ruedas atascadas, vuelve á su asiento y nos muestra de qué son capaces ante las dificultades del camino, aquí sobre todo, los hombres de su profesion. Arrea luego los caballos, toma prontamente las riendas, animales con dulzura, les llama con sus nombres, les hostiga, hasta que los pobres cuadrúpedos tiran, pero con sacudidas, y húndense luego hasta el pretal. En fin, despues de algunas excitaciones más enérgicas, de un fuerte grito y una buena distribucion de latigazos, los caballos dan juntos un fuerte empuje á la collera y salen del atolladero, sin aliento, pero victoriosos.

En Deer Lodge pasámos la noche en el pequeño hospital de las Hermanas de la Caridad, en donde, dos meses más tarde, los heridos en la batalla de Bey-Hole encontraron reposo, un refugio y los tiernos cuidados prodigados en estos asilos.

A la mañana siguiente continuámos nuestro camino, entregados durante dos jornadas á merced de conductores ebrios, de manera que no pocas veces escapámos como por milagro á una muerte inminente. Mencionaré un solo caso.

A 30 millas al Este de Missula encontramos una colina muy escarpada que debíamos atravesar á pié. Íbamos en un carruaje descubierto, pues la vispera había volcado la diligencia, quedando inutilizada para proseguir el viaje; á cuyo accidente, segun supimos, no había sido ajeno el aguardiente. Apenas habíamos subido otra vez al carro, cuando el conductor comenzó á hostigar á latigazos los caballos, emprendiendo el descenso con rápida carrera. El camino no tenia más anchura que la suficiente para el paso del vehículo; á un lado teníamos un muro de roca, y al otro un precipicio casi perpendicular, por cuyo fondo corre el río Deer Lodge, engrosado á la sazón por lluvias recientes. Ordené al conductor que sujetara el freno, pero su estado no le permitia oírme. Uno de sus camaradas, ebrio como él, nos contestó

que, al contrario, en una bajada convenia ir más aprisa; así es que no tuvimos más remedio que conformarnos, asirnos del carro y encomendarnos á Dios. A cada pendiente que venia, y cierto no fueron pocas, los caballos tomaban el galope, y así continuámos hasta llegar al valle.

El resto del día fuimos marchando lentamente bajo un sol abrasador. El termómetro marcaba 90° Fahrenheit (30° Réaumur); no se percibia la más ténue brisa, y nubes de insectos nos atormentaron hasta las siete de la tarde, en que llegámos á Missula, límite del territorio civilizado del Noroeste. Allí encontramos dos Padres Jesuitas, uno de la Mision de Santa María en el valle de Bitter-Root, y el otro de la Mision de San Ignacio; y pasámos la noche en el hospital de las religiosas de la Providencia.

Al amanecer del siguiente día partimos para nuestro destino, y despues de recorrer á caballo 12 millas en el valle de Missula, nos metimos en un *cañon* (paso estrecho). Allí no había puesto más que para el sendero y el álveo del torrente de la montaña, hoy tranquilo arroyo, pero que en la estacion de las lluvias corre con impetuosidad. Subimos con gran fatiga por este *cañon*, y al fin llegámos á una meseta enteramente esmaltada de flores, plantada de pinos y rodeada de gigantescas rocas. Ligeras nubes formaban, por decirlo así, una bóveda que unia entre sí las opuestas cimas, y el valle ofrecia el aspecto de un vasto salon ó de un templo, pero un templo que la mano del hombre no puede fabricar. Junto á la orilla del bosque, á nuestra derecha, había varias chozas, y en la pradera los indios excavaban la tierra en busca de raíces amargas, su comida favorita.

Era la primera vez que veia á los indios en su tierra y privados de toda relacion con los blancos. Desnuda la cabeza y cubiertos con mantas de subido color, estos hombres que iban y venian recogiendo un miserable sustento en medio de una soledad sublime y llena de atractivos, me causaron profunda y penosa impresion. Eran hombres, pero que se parecian poco á los demás. Eran salvajes cuya triste condicion había llegado á ser insoportable, gracias á la civilizacion que les rodea. Ellos, los dueños del terreno, habían sido echados de él por una codicia sin piedad y sin remordimientos. ¿Era posible mirar, sin sentirse movido de compasion y sin indignarse contra sus opresores, aquellos infelices removiendo una tierra que, sin la injusticia de los blancos, hubiera producido ricas mieses? Tales eran mis pensamientos al cruzar ese magnífico país que confina con el territorio de los *Cabezas-Chatas*.

Un camino de 5 millas nos condujo al valle de Jocko, uno de los más bellos del Montana, que contendrá 15 millas de longitud por unas 4 de anchura, y está enteramente rodeado de altas montañas cuyos nevados picos se perciben á una distancia de 30 millas.

A lo léjos y á la derecha vimos los edificios de la Agencia, y al Norte algunas chozas y cabañas ocupadas por los indios. Nos detuvimos en la Agencia para comer, recibiéndonos con la más cordial hospitalidad el Sr. Ronau, nombrado recientemente para dicho puesto.

Permitidme ahora que os dé alguna explicacion sobre los agentes cerca de los indios. Estos funcionarios son nombrados por el presidente de los Estados-Unidos con

la aquiescencia del Senado. Su cargo dura cuatro años, y gozan de un haber anual de 1,500 dollars (7,125 pesetas). Sus atribuciones, tales como las definen los estatutos de la República, son dirigir y vigilar en el territorio ó jurisdiccion de la Agencia las relaciones con los indios. Los estatutos dicen además que, á excepcion de los crímenes cuyo castigo ha sido objeto de reservas expresas, deben aplicarse en todo el territorio indio las leyes generales de los Estados-Unidos. Los indios deben vivir en los territorios que han escogido y á los cuales han sido relegados; y no pueden abandonarlos, ni comerciar, ni mantener trato con los blancos ó con otros indios sin permiso de sus agentes.

De dichos estatutos resulta que los poderes de esos agentes, forzosamente vagos é ilimitados, vienen á ser en la práctica completamente arbitrarios. ¿Qué recurso, en efecto, tiene el indio contra un abuso de autoridad cometido por el agente?... La experiencia ha dado ya la respuesta. La ley no somete los actos del agente más que á una prueba ineficaz: hállase solo con su tribu, y es literalmente dueño absoluto de los que tiene bajo su vigilancia. Hay sin duda en cada punto un médico, un intérprete, colonos, industriales; puede haber tambien maestros de escuela; pero todos dependen de él, hácense amigos suyos, y por consiguiente inclínanse más bien á ocultar los abusos que á señalarlos. Pueden llegar á noticia del ministerio público ó de los comisarios de asuntos indios los casos de muy graves injusticias; y aún entonces ¿qué remedio hay? A lo más se llama al agente y se le sustituye por otro que indudablemente seguirá las huellas de su predecesor. Una autoridad de este modo irresponsable, que sometería á dura prueba á una virtud ordinaria, facilita á hombres sin probidad y depravados el modo de cometer toda clase de iniquidades. Y precisamente á esta última categoría pertenecen los titulares, exceptuando un corto número. ¿Qué extraño es, pues, que ejerzan sus funciones sin otro objeto que enriquecerse, y que su rapacidad innata é implacable lleve á los pobres salvajes á la mayor desesperacion?

A mi entender, el único remedio á tal estado de cosas sería confiar enteramente á militares la administracion de los negocios indios. Los oficiales de nuestro ejército comprenden al indio como nadie; aprecian sus buenas cualidades, tienen indulgencia para sus faltas, muéstranle simpatía y no desesperan de poderle hacer superior á su condicion actual, tan degradada y abandonada. No há mucho oí decir á un oficial de alta graduacion que durante los treinta y ocho años de su vida militar, transcurridos la mayor parte en la frontera, nunca los indios habian dejado de obrar con equidad en sus diferencias con el gobierno ó con los colonos. Otro oficial superior me aseguraba que, á ser él Sitting-Bull, jamás se hubiera sometido, porque dicho jefe indio y los hombres de su raza habian sido atrozmente maltratados por el gobierno y el pueblo del país. Un tercero que habia pasado ocho años en el Yellow-Stone, díjome que si se le autorizase estaba seguro de que conseguiría civilizar en diez años á los indios de aquella region. Naturalmente hay que tener en cuenta las dificultades de semejante empresa, y no cito su opinion más que para mostrar cómo piensan los militares tocante á los indios.

Nadie pone en duda la integridad de nuestros oficiales y su capacidad en administrar eficazmente los asuntos indios. ¿Por qué, pues, no confiárselos?

Permitase á los indios ocupar el país de sus antepasados y sus tierras de caza, ó bien vivir en los territorios señalados á conveniente distancia de las estaciones militares, con misioneros de su eleccion y segun las leyes y costumbres de su tribu. Proporcionenseles provisiones por el contraamaestre, prohibase á los traficantes comerciar con ellos y aún acercárseles, excepto una ó dos veces al año bajo la vigilancia de los oficiales de la localidad. Como en las posesiones inglesas, cada comandante podría obligar á los indios á guardar paz entre sí y con las tribus inmediatas, y protegerlos contra los colonos blancos. Obrando así la cuestion india recibiría, estoy seguro de ello, pronta, fácil y satisfactoria solucion.

Volviendo á la relacion de nuestro viaje, despues de visitar las diferentes oficinas y dependencias de la Agencia, continuámos en direccion al Norte. En algunos puntos el rico suelo del valle estaba cubierto de arena y piedras arrastradas de lo alto de las montañas por las lluvias; pero allí tambien crecian hermosas flores. Cuando la conversacion languidecia, sentíame dominado por ese extraño sentimiento que consigo trae la soledad. El único ruido que oía era producido por las ruedas ó por los cascos de nuestros caballos. Los únicos seres vivientes en aquel paisaje eran un pequeño rebaño á nuestra derecha al pié de una colina; pero estaba demasiado distante para que pudiésemos distinguir si eran dantas ó animales domésticos. A la otra parte de esas colinas viven en seguridad abundancia de lobos, gatos silvestres, osos negros y pardos; pero no vimos ninguno de estos animales.

En medio de tan grandioso panorama, á cada momento me sentia impelido á exclamar: «Montes y collados, bendecid al Señor; loadle y exaltadle sobre todas las cosas.» Este espectáculo, en efecto, no puede inspirar ideas puramente mundanas. Sobre nuestras cabezas un cielo tan hermoso como el de Italia; á nuestros piés un valle más risueño y encantador que el de Cachemir, tal como lo describe el poeta; un agua límpida que corre á través de praderas esmaltadas de flores; sombrías y misteriosas cañadas; cimas de montañas que aventajan en altura é igualan en gracia y en belleza las perspectivas del Righi, de la Yungfrau y del Matterhorn; montes, valles y torrentes sin nombre y sin historia, no recorridos por los excursionistas, ni cantados por los poetas. Bajo el encanto de tan grandiosa naturaleza, creía hallarme completamente fuera del mundo.

## CRÓNICA.

**Roma.**—En un consistorio secreto tenido el 13 de Diciembre Leon XIII nombró obispos para muchas Sedes vacantes y promulgó las que ya estaban provistas por Breve. En el número de estas se cuentan: la sede episcopal de Chicago (Estados-Unidos), erigida en arzobispado, en favor del Ilmo. Patricio Feehan, trasladado de la diócesis de Nahsville;—la sede arzobispal de Petra *in partibus infidelium* en favor del Ilmo. Miguel Corrigan, diputado coadjutor con futura sucesion del cardenal Mac-Closkey;—la de Kansas-City (Estados-Unidos), nuevamente erigida, en favor del Ilmo. Juan-José Hogan, trasladado de la de San José;—la de Scio, en el Archipiélago, en favor del P. Teófilo Masucci de Castignano;—la de Kingston (Canadá)

para el Rdo. Cleary;—la Iglesia de Etalonia *in partibus* para el P. Enrique Scaap, redentorista, vicario apostólico de la Guyana holandesa;—la Iglesia de Aureliópolis *in partibus* para el P. Ignacio de Villafranca, capuchino, vicario apostólico de las islas Seychelles;—la de Irina *in partibus* para el P. Benito de Asis, capuchino, vicario apostólico de Patna;—la de Capsa *in partibus* para el Rdo. Chausse, coadjutor del prefecto apostólico del Kuang-tong (China).

—El superior, los profesores y los alumnos del Colegio de la Propaganda celebraron con una academia polígota la elevación del cardenal Hassun á la púrpura romana. Verificóse tan solemne acto el 19 de Diciembre último en la sala de los nuevos archivos del Colegio, ricamente adornada y brillantemente iluminada. Presidía la sesión el nuevo Cardenal, teniendo á sus lados á los Ilmos. Masotti, secretario de la Propaganda; Cretoni, secretario del rito oriental; Grasselli, arzobispo de Colosset; Massaja, antiguo vicario apostólico del país de los Gallas; Taurin, su sucesor; Balgy, arzobispo de Acrida; Stefanopoli, obispo de Philippes; Desfleches, vicario apostólico del Su-tchuen oriental, y otros muchos prelados, numerosos eclesiásticos y seglares de diversos países y ritos.

Abrióse la sesión con un coro ejecutado con acompañamiento de armonium y piano por los alumnos del Colegio, asistidos por los mejores cantores de las basílicas de Roma. Leyóse en seguida una elocuente introducción en italiano. El orador, después de celebrar las virtudes del nuevo Cardenal, hizo en pocas palabras la interesante biografía del Prelado como alumno de la Propaganda, como obispo y como patriarca. Diez alumnos recitaron luego sucesivamente otras tantas poesías en los idiomas hebreo, caldeo literario, caldeo vulgar, armenio literario, armenio vulgar, siríaco, árabe, turco, cingalés y georgiano. La mayor parte de estas composiciones fueron seguidas de un cántico en la misma lengua.

Después de un segundo coro continuó la recitación de poesías en diversos idiomas europeos, á saber: griego literario, griego vulgar, latín, francés, alemán, inglés, ilirio, albanés, húngaro, ruso é italiano.

Dirigía los coros el Rdo. Borghi, profesor de canto en el Colegio de la Propaganda y autor del primero y segundo de ellos, mientras el segundo estaba tomado del *Poliuto* de Gounod, con palabras apropiadas al caso. El primero de dichos coros era en honor del eminente



ESTADOS-UNIDOS.—Colegio de San Carlos en Grand-Coteau. (Pág. 19).

tísimo Hassun, el segundo en alabanza del Papa, y en el tercero se daban gracias al nuevo miembro del Sacro Colegio por haberse dignado aceptar este tributo de homenaje de los alumnos de la Propaganda y haber presidido su Academia.

Esta hermosa fiesta causó la más agradable satisfacción al cardenal Hassun y á los ilustres personajes que le rodeaban, expresando repetidas veces su profunda gratitud y sincera admiración.

—La Sociedad geográfica italiana celebró el 28 de Noviembre una sesión en la cual se leyó la Memoria anual sobre los trabajos y los progresos de la Sociedad. Notábase en el banco de la presidencia al Rdo. Beltrame, de Verona, que durante muchos años ha sido misionero en medio de las tribus salvajes del Nilo-Blanco, lo cual le permitió visitar regiones enteramente inexploradas antes de él. En Verona, donde actualmente vive retirado, el Rdo. Beltrame se ocupa en publicar una extensa relación de sus importantes viajes y sobre todo en compilar las gramáticas y los diccionarios de las lenguas que hablan las tribus salvajes que ha evangelizado, especialmente la de los Denka.

**Inglaterra.**—El cardenal Manning, cuyo retrato damos en la primera página, es hace tiempo el noble representante de los triunfos del Catolicismo en Inglaterra. Desde las filas del frío protestantismo, en el cual tenía un nombre célebre y un rango elevado, vino á nuestro campo vencido por la luz de la fe y de la razón; fausto suceso que refiere el ilustre Prelado con las siguientes palabras:

«Visitaba, dice, en Roma sus ruinas, los museos, las iglesias, y asistía á las ceremonias religiosas, estudiando la ciudad bajo sus diversos aspectos. No abrigaba en mi mente la más pequeña duda sobre el protestantismo, del cual era ministro, y nunca se me había ocurrido cambiar mis creencias religiosas: distaba tanto del Catolicismo como cuando partí de Inglaterra.

«Entré una mañana en la iglesia de San Luis de los Franceses: el Santísimo Sacramento estaba manifiesto sobre el altar, porque iba á darse la bendición; ceremonia que nunca había visto. Nada más sencillo: un poco de incienso, algunas velas encendidas, los sacerdotes sencillamente revestidos, y al pié del altar algunos fieles arrodilla-

dos y en oracion. Esto contrastaba evidentemente con las solemnidades pontificias que habia presenciado en la iglesia de San Pedro; pero fué precisamente entonces cuando Dios me llamó.

«Sentí agitarse mi alma dentro de mí de una manera misteriosa, y un rayo de imperceptible luz vino á mi entendimiento. Por la primera vez en mi vida me pareció que la verdad podía estar en el Catolicismo, y no creí imposible mi conversion. Sin embargo, aún distaba de ser lo que se llama un convertido. Pero Dios me habia llamado, y no permanecí sordo á su voz. Oré, busqué, estudié con toda sinceridad, y cada día la luz brilló con más grande claridad, y la gracia de Dios perfeccionó lo que faltaba.»

Era esto en 1851. Renunciando las dignidades de que estaba revestido, fué ordenado sacerdote por el cardenal Wisemann, arzobispo de Westminster. Desde entonces desplegó gran ardor en propagar la doctrina católica, y á la muerte de aquel insigne Prelado fué elegido para sucederle, siendo consagrado arzobispo en 8 de Junio de 1865. En el concilio del Vaticano fué uno de los más decididos defensores de los privilegios del Papa. La altísima dignidad á que posteriormente le elevó Pio IX fué justa recompensa de su gran talento, ciencia profunda, preclaras virtudes y adhesión sin límites á la verdadera Iglesia de Jesucristo y á su augusto Vicario.

El cardenal Manning cuenta setenta y dos años y medio; ha consumido sus fuerzas, y tiene la demacacion de un antiguo ermitaño; pero su mirada, ordinariamente apagada, se anima y brilla cuando se trata de defender los derechos de la Iglesia ó de conquistar almas para ella.

**Armenia.**—Cada día adquiere mayores proporciones el movimiento de conversion entre los armenios. Un telegrama del Vicario patriarcal de Cesarea anunciaba recientemente que todo un pueblo, deseando abrazar el catolicismo, habia ido á Cesarea para hacer su sumision. En el mismo sentido han dirigido otros pueblos peticiones, sea al Patriarca, sea á otros obispos armenio-católicos.

Las Sociedades bíblicas, apoyadas por los cónsules ingleses, trabajan activamente para atraer los cismáticos al protestantismo. Por todas partes abren escuelas y lugares de reunion, distribuyen abundantes limosnas, sostienen periódicos y esparcen profusamente biblias traducidas en armenio, turco y árabe. Dichas Sociedades han aprovechado y continúan aprovechándose del hambre en Armenia y en Mesopotamia para conquistar adeptos, enviando fuertes sumas para ser distribuidas entre los famélicos. Sin embargo, los gregorianos muestran preferencia por el Catolicismo.

Las diócesis en que se cuenta mayor número de conversiones son las de Maracha, Malatia, Adana, Karputh, Erzerum y Trebisonda. El celoso prelado de Maracha, Ilmo. Clemente Mikaelian, afirma que si le fuese posible abrir una escuela y construir una modesta iglesia en Hadjin, el movimiento religioso se extendería á todo el distrito. Los antiguos habitantes de Hadjin eran efectivamente católicos y combatieron con los cruzados por el rescate de Tierra Santa; y sólo despues de la definitiva victoria de los otomanos, cuando la Sublime Puerta prohibió toda comunicacion con Roma, comenzó á dominar en ellos el cisma. Finalmente, en 1742 el patriarcado de Cilicia fué restablecido por el papa Benedicto XIV en la persona del obispo católico Abraham, que tomó el nombre de Pedro I como prenda de union con la Santa Sede. Es, pues, indudable que la Cilicia entera volvería á unirse á la Iglesia romana si el episcopado armenio católico fuese coadyuvado por el Occidente en la fundacion de nuevas Misiones en los puntos más importantes.

Los protestantes y el patriarca de los armenios gregorianos, conociendo las simpatías de los armenios por el Catolicismo, hacen esfuerzos inauditos para impedir este movimiento. En Constantinopla se han creado Sociedades escolares bajo los auspicios del patriarcado gregoriano sin otro objeto que el de abrir escuelas en Cilicia. Los protestantes han abierto ya clases en Hadjin, y extienden su esfera de accion por todo el país, mientras el Ilmo. Mikaelian sólo cuenta con 500 pesetas al año para la Mision armenio-católica de dicho punto, sin disponer todavía de una pulgada de terreno, y sirviéndole de residencia, escuela y capilla una casita que tiene alquilada.

—Se ha convertido al Catolicismo, separándose del cisma, el arzobispo de Diarbekir, Santiago Bahtian. Este Prelado, de ochenta años de edad y de venerable aspecto, fué durante cincuenta años misionero de Armenia y del Kurdistan. En la irrupcion del nuevo cisma los obispos refractarios reunidos en conciliábulo osaron proclamar al Arzobispo de Diarbekir patriarca de Cilicia en sustitucion del reverendísimo Hassun.

El neo-cisma reconocia en la persona de aquel Prelado la jurisdic-

cion espiritual, mientras el obispo Kupelian, elegido por la asamblea general de la secta, recibia la investidura de la jurisdiccion civil en frente del gobierno otomano. La conversion del Ilmo. Kupelian habia privado ya á la secta de su jefe oficial, y la del ilustrísimo Bahtian le deja sin su jefe espiritual, cayendo así por su base el edificio de los neo-cismáticos. Ha seguido el ejemplo del Arzobispo converso su hermano Atanasio.

**Jerusalen.**—El hecho que vamos á referir, á la vez que da una idea de las costumbres que reinan entre las tribus que pueblan la Palestina, muestra al mismo tiempo en qué condiciones han emprendido los misioneros su evangelizacion.

En Diciembre de 1879 un musulman de Karac arrebató á una jóven cristiana, casándose con ella inmediatamente; suceso ruidoso que puso en revolucion á todo el pueblo. Karac es la ciudad principal, por no decir única, del antiguo reino de Moab. Aunque parte integrante del Imperio otomano, este país no vive sumiso al sultan, y las tribus nómadas que lo habitan obedecen á su respectivo jefe, siendo el principal y más célebre de ellos Mehemet Megealy, que reside comunmente en Karac. La arbitrariedad toma buena parte en el gobierno de esos pequeños potentados como Megealy, á pesar de que el país tiene leyes que, como antiguamente las de los persas y medos, no podrian doblegarse ante la voluntad del soberano. Así es que el raptor y la cómplice debian, segun la inflexible tradicion, lavar con su sangre el crimen de que se habian hecho culpables, con la particularidad de que en casos como este los mismos parientes de la mujer tienen á honor ejecutarla con sus propias manos, y exigen que el cómplice sea castigado por los suyos.

Tratóse, pues, de salvar la vida de aquellos dos infelices, y de aquí provino la revolucion levantada en Karac. Prevenido por el misionero y ante la promesa de que le entregaria 400 francos, Megealy se apoderó de la jóven cristiana, cuya culpabilidad era indudable. Entonces todos los cristianos se levantaron como un solo hombre; ante el honor mancillado, desapareció toda rivalidad de partido y de religion entre católicos y cismáticos, y pidieron con gritos y amenazas á la desdichada jóven para estrangularla en el acto. Resistióse Megealy, y el pobre misionero, sospechoso de connivencia, oyó su nombre mezclado con las más terribles imprecaciones. Encerróse en su pequeña choza, encendió dos cirios en su altar y se puso en oracion. Megealy, animado por la perspectiva de los 20 luises de oro, dictó é impuso su voluntad; dijo que él mismo se encargaria de ejecutar á la jóven, é impuso pena de destierro al raptor y á toda su tribu. Esta decision distaba mucho de satisfacer á los de Karac, pero disimularon y prepararon su venganza para otra ocasion. Llegó la noche, y á favor de las tinieblas el misionero escoltado por algunos ginetes de Megealy llevóse á la jóven para ponerla en salvo.

Segun las últimas noticias, esta infeliz murió al fin en Naplusa á consecuencia probablemente de las emociones producidas por tan tristes acontecimientos.

En lugar de calmarse con el tiempo, la agitacion fué creciendo en Karac. Muchos musulmanes y cristianos han sido asesinados; y el mismo misionero, no encontrándose seguro, se ha refugiado con otros cristianos en una tribu amiga que le ha recibido bien, pero en medio de la cual su existencia seria muy precaria si tal estado de cosas durase mucho tiempo.

El Patriarca de Jerusalen, viendo la imposibilidad de volver cuanto antes á Karac, ha pensado en los medios de reunir en otra parte esa cristiandad dispersa. Las ruinas de Madeba, situadas á una jornada al Norte del país de Karac, han parecido un lugar muy á propósito, y acaban de ser objeto de una peticion al gobierno local. El territorio que rodea Madeba estaba completamente abandonado y al parecer no tenia otro propietario que el Estado. Sin embargo, el caudillo de una tribu, á instigacion del gran jefe de Karac, ha manifestado pretensiones sobre dichas ruinas, y sus reclamaciones han impedido que tuviera efecto la cesion condicional que ya habia hecho el gobernador del Balka. El asunto habia sido llevado al tribunal superior de la provincia, é inmediatamente partió á Damasco un misionero para representar ante el *valy* la parte cristiana desterrada del Karac.

**Chan-tong (China).**—El Ilmo. Cosi, de Menores Observantes, obispo de Priena *in partibus* y vicario apostólico del Chan-tong, ha inventado un nuevo alfabeto chino compuesto solamente de 33 letras, por medio de las cuales pueden expresarse claramente todos los nombres de la lengua china, en lugar de las 30,000 que antes se requerian. El emperador de Austria, Francisco José, á quien el Ilmo. Cosi ha comunicado su invento, ha regalado á S. Ilma. un material com-

pleto de tipografía á fin de que pueda fundar una imprenta propia para propagar su nuevo alfabeto.

**Estados-Unidos.**—El Ilmo. Keane, obispo de Richmond, recibió poco há una carta firmada por multitud de habitantes de Boydtown, del condado de Mecklemburgo. Aquellos colonos, todos protestantes, nunca habian visto un obispo ni un sacerdote católico, y suplicaban al Prelado, cuya reputacion habia llegado hasta ellos, que fuése á instruirles. Aunque Boydtown está muy distante de Richmond, el Ilmo. Keane se apresuró á complacerles, y al día siguiente de su llegada predicó ante un numeroso auditorio sobre los principales dogmas de la fe católica. Vivamente interesados por sus instrucciones, enteramente nuevas para ellos, los habitantes le pidieron que se quedase un día más, asegurándole que no se cansaban de oírle. El Prelado les dió otra conferencia, que duró más de dos horas, sin que la atencion de sus oyentes se fatigase. El resultado de esta entrevista ha sido de los más consoladores; todas las prevenciones contra el Catholicismo se han disipado, y muchas familias se muestran firmemente resueltas á abjurar el protestantismo.

—El colegio de San Carlos en Grand-Coteau, representado por el grabado de la pág. 17, fué fundado en 1836 por el Ilmo. Blanc, primer arzobispo de Nueva-Orleans, bajo la direccion del P. Point. Está situado á treinta leguas de Nueva-Orleans en la orilla izquierda del Mississipi, cerca de Iberville. Confiado desde su fundacion á los miembros de la Compañía de Jesús, este importante establecimiento ha recibido del Estado de Luisiana el privilegio de conferir los grados académicos. Hace seis años se estableció en él un noviciado de la Compañía de Jesús.

—El M. Rdo. P. Isidoro Robot, benedictino, prefecto apostólico del Territorio indio, habia invitado últimamente á las Hermanas de la Adoracion perpétua de Nueva-Orleans á fundar una casa de su Instituto en la Mision del Sagrado Corazon. La superiora general partió el 18 de Agosto con cinco Religiosas para efectuar por sí misma la proyectada fundacion. Correrá de su cuenta la escuela de niñas y contribuirán así á la obra civilizadora tan felizmente iniciada por los hijos de san Benito.

## MARRUECOS.

APUNTES PARA SERVIR Á LA HISTORIA DEL MAGREB.

POR EU ROO, P. MANUEL PABLO CASTELLANOS, RELIGIOSO MENOR OBSERVANTE.

### PRIMERA PARTE.

#### DESCRIPCION HISTÓRICA DE MARRUECOS.

##### I.

Posicion geográfica del imperio de Marruecos.—Límites.—Montañas.—Rios.—Provincias.—Poblacion.—Razas.—Idiomas.—Dinastías.—Régimen político.—Productos.

Hállase situado el imperio de Marruecos, el *Magreb el Aksa* de los Arabes, la *Mauritania Tingitana* de los Romanos y el *Jardin de las Hespérides* de la fábula, entre los 28° y 36° latitud N. y los 2° E. y 8° O. longitud del meridiano de Madrid.

Tiene por límites, al N. el estrecho de Gibraltar y el Mediterráneo; al S. el desierto de Sahara; al E. la Argelia y al O. el Oceano Atlántico. Su costa en el Mediterráneo tiene 400 kilómetros y 900 en el Oceano, y su frontera con la Argelia 250, siéndonos desconocidos sus límites con el Sahara.

Su superficie es de 5,000 miriámetros cuadrados, aunque este cálculo no puede ser completamente exacto, por ignorarse hasta dónde llegan los dominios del Sultan marroquí; pues mientras él invoca sus derechos sobre algunas provincias del *Sus*, éstas se gobiernan con absoluta independencia.

Las montañas de Marruecos se reducen á la gran cor-

dillera del Atlas, que divide el Imperio del S. O. al N. E., principiando en el cabo Guer y continuando hasta la Argelia. Su mayor altura se calcula en 3,500 metros.

Como de esta cordillera arrancan otras ramificaciones tanto al S. como al N., de aquí es que se forman extensas cuencas que riegan varios rios. Por la parte del N. corren el *Marshar*, *Luccos*, *Sebù*, *Buragrab*, *Morbea* ó *Umer-Rebiab* y *Tensif*; por la parte del S. el *Moluya*, *Ziz*, *Sus*, *Nun*, *Dráa* y *Guir*. Todos estos rios, despues de correr un espacio de 400 kilómetros poco más ó menos, van á desembocar en el Oceano, excepto el Moluya, que lo hace en el Mediterráneo, y el Ziz, que desaparece en el gran desierto de Sahara. Existen en el país otros varios rios, pero son poco caudalosos y los más van á aumentar con sus aguas las de los que ya hemos nombrado.

Marruecos se divide en las cinco grandes provincias de Fez, Marruecos, Sus, Dráa y Tafilét, que en algun tiempo han sido todas reinos independientes entre sí, y hoy, sujetas en parte ó en todo al Sultan, se subdividen en otras muchas provincias, cada una de ellas gobernada por un jefe que lleva el nombre de *Káid*.

Es sin duda alguna imposible poder fijar con exactitud la poblacion del Imperio; pues mientras unos autores la hacen bajar á 4 millones de habitantes, otros la hacen subir al fabuloso número de 13,14 y hasta 15 millones. Esta diferencia entre los que han escrito sobre Marruecos no debe admirarnos, puesto que son casi desconocidos los límites del Imperio; en él nadie se ocupa de los que nacen ni de los que mueren, y ni el mismo Gobierno lleva estadística alguna. Sin embargo, opino que su poblacion puede calcularse de ocho á nueve millones, incluso las provincias del Sus, y aún así es un número bien insignificante con relacion al territorio que ocupa.

Peblan el país las siguientes razas: los *Beréberes*, habitantes primitivos, que se subdividen en *Amazirgas* y *Chilojs*, pueblo cananeo que habita hoy las montañas y la parte Sur del Imperio y que apenas conoce la autoridad del Sultan: esta raza es la más numerosa de todas las de este país. A estos siguen los *Árabes*, originarios de la Arabia, los cuales llevan una vida nómada, habitando en *duares* ó campamentos que colocan en los sitios donde abundan los pastos para sus ganados, trasladándose, cuando aquellos han concluido, á otra parte que reuna las condiciones necesarias para el sustento de sus ovejas, cabras y vacas. Esta raza se mantiene hasta nuestros días completamente separada de las demás, y ha tenido esmerado cuidado en no mezclarse con alguna de las otras. Despues vienen los *Moros*, que habitan por lo regular las ciudades y son sin disputa los más civilizados. A estos siguen en número los *Judíos*, cuya mayor y más opulenta parte reside en las ciudades, y son descendientes de los que fueron arrojados de Europa en diferentes épocas, como de Italia en 1242; de los Países Bajos en 1350; de Francia é Inglaterra en 1403; de España en 1492, y de Portugal en 1496 (1). En siglos anteriores vinieron á Marruecos otros muchos judíos que residen en el campo y en las montañas entre los *Amazirgas*, y llevan el nombre de *Philistin*. Finalmente, los

(1) Estébanez Calderon en su *Historia de Marruecos*.

*Negros*, que son esclavos en su mayor parte, aunque la esclavitud en Marruecos no es muy pesada (1). Estos negros son traídos de Guinea, Senegambia y del Sudán por grandes caravanas que periódicamente salen del Imperio para dichos puntos, formando de este modo los negros uno de los principales objetos de tráfico y comercio. A estas razas podemos agregar los *Renegados*, familia próxima á extinguirse, como dice el festivo Murga, en virtud de los tratados con Francia en 1844 y con España en 1860. Finalmente, habitan en Marruecos unos 2,000 cristianos que de muchas naciones europeas han venido á establecerse en la costa, en donde mantienen un regular comercio, especialmente con Inglaterra y Francia.

Háblanse en el Imperio tres idiomas ó más bien dia-

lectos distintos: el *árabe*, el *chitoy* y el *guenagui*. El primero, que es una corrupción del árabe literal, es la lengua general que se habla desde Tetuan hasta Mogador y en algunos kilómetros al interior de la costa. Podíamos decir que esta es la lengua de los Arabes y Moros y la oficial del Imperio. El segundo lo usan los habitantes del Atlas, Sus, Dráa y Tafieta, siendo un dialecto del idioma de los primitivos habitantes ó fenicios. Finalmente, el *guenagui* es el dialecto peculiar de los negros, que algunos llaman también *mandinga* y *bámbara*. Nada dirémos del *hebreo*, sólo usado por los judíos en sus sinagogas, pues los de Tetuan, Tánger y algun otro punto usan habitualmente el español antiguo, siendo también nuestro idioma del que con más frecuencia se sirven los europeos que hay en el Imperio.



COSTA DE LOS ESCLAVOS.—Palacio del rey Sudji en Porte-Novv. (Pág. 22).

Este país ha estado sucesivamente dominado por los Romanos, Vándalos y Griegos, siendo conquistado en el siglo VIII por los Arabes. Continuó bajo el poder de los Califas fatimitas hasta que Muley Edris I se proclamó rey del Magreb. A su dinastía sucedió la de los Zenetas,

(1) Por más que así sea, puesto que en el momento que un moro compra un negro, éste forma parte de la familia de su amo, quien tiene con él casi las mismas consideraciones que con sus propios hijos, sin embargo, es muy triste y honra poco á la Europa que en sus mismas puertas se vendan públicamente los hombres. En los *sokos* ó mercados de las ciudades de la costa, residencia de los cristianos, he visto más de una vez efectuarse tan inhumano tráfico; y lo que más me ha maravillado ha sido ver que en Tánger mismo, residencia de los embajadores y cónsules generales de las potencias que se llaman cristianas, se efectúa este negocio lo mismo que otro cualquiera.

luego los Almoravides, los Almohades, los Beni-Merín ó Merinidas, los Xerifes Marabut, y finalmente los Xerifes Filelis, que actualmente reinan y dicen ser descendientes de Mahoma (1). Los soberanos de Marruecos llevan el título de *Sultan* ó *Emperador*.

El país es feracísimo, y podría elevarse á un estado de incalculable riqueza si se quisiera trabajar en él. Pero ¿quién será capaz de despojar al moro de su segunda naturaleza, que es ser indolente y perezoso? Sería preciso para esto que los moros dejasen de serlo, lo cual no es nada fácil. Añadamos que su régimen político, llamémosle así, no es nada á propósito para estimular al

(1) En la segunda parte nos ocuparemos de las dinastías y reyes que han dominado en este país.

trabajo. Desde el momento en que un moro llega á descollar entre sus vecinos por su riqueza puede estar seguro de que el Sultan no tardará en *comérselo*: enérgica expresion con que los habitantes de Marruecos quieren dar á entender que cuando ménos se lo figuran el soberano, dueño absoluto de vidas y haciendas, se apodera de sus caudales; y puede muy bien alegrarse el súbdito con que se le deje la cabeza, que con demasiada frecuencia se corta aquí por el más fútil pretexto. Para formarse una idea exacta sobre este particular bastará saber que la palabra más cruel y terrorífica que se le puede decir á un moro es insinuarle que es rico. Esto sería suficiente para que no descansase tranquilo ni un solo instante.

No es, pues, esto un gran aliciente para que los moros se dediquen á cultivar la tierra; sin embargo, pro-

duce el país abundancia de cereales, almendra, goma, aceite, etc., etc. Son notables entre otros los extensos territorios de Abda y Dukala por su prodigiosa feracidad, que ha dado origen á un proverbio muy gráfico y comun entre los moros. Dicen éstos que «si Abda y Dukala túviesen doble extension, se daría por dos cuartos una carga (de camello) de trigo.» No obstante, á otras causas diferentes de la mayor ó menor extension de dichas comarcas es debida su escasa produccion; porque, como quiera que la exportacion del trigo y cebada está terminantemente prohibida, concediéndose rara vez la de los demás cereales, fácilmente se concibe que nadie se afane en cultivar lo que no ha de vender.

No existe en todo el *Magreb* una sola mina en explotacion; pero las hay de cobre, zinc y plomo en las cer-



COSTA DE LOS ESCLAVOS.—Puerta fetiche en Porto-Novo. (Pág. 22).

canías de la ciudad de Marruecos; en la provincia de Fez hay una riquísima de antimonio, y en Yebel el-Hedid abundan las de hierro, como lo dice el nombre mismo del monte. También hay minas de oro y plata en las grandes montañas del *Sus*. Por lo tanto, á nadie debe causar admiracion saber que en tiempo de Soliman, que reinó desde 1795 hasta 1822, se extraian de estas últimas no pequeñas cantidades de mineral que se llevaban á las ciudades de Fez y Tafilet para ser acuñadas.

Créese con gran fundamento que deben existir canteras de mármoles, jaspes, alabastros, etc., pero que, además de estar inexploradas, nos son desconocidas.

Las minas no dan el gran resultado que de ellas podría obtenerse para la industria y comercio, pero esto no debe admirar á quien tenga una ligera idea de la religion

mahometana: los moros (1) tienen por un gran crimen la explotacion de los minerales, pues en su concepto es esto invertir el orden de la naturaleza que, al ocultar los metales en las entrañas de la tierra, no se propone otra cosa que contrariar la codicia y avaricia humana, siendo por tanto un atentado sacrilego que la mano del hombre presuma descubrir lo que sábiamente ha ocultado la

(1) No deben extrañar mis lectores que llame indistintamente moros á todos los habitantes de Marruecos; pues, si bien es cierto que con la palabra *Maur* (Occidente) designaron los cartagineses á todo el país que habia al Occidente de Cartago, y que sus sucesores los romanos llamaron *Mauri* á los naturales del África occidental, así como *Mauritania Tingitana* ó simplemente *Mauritania* al territorio que aquellos ocupaban, también es verdad que en toda Europa se llaman *moros* todos los que profesan la religion mahometana, haciendo abstraccion del territorio que ocupan.

tierra en lo más recóndito de sus entrañas. No hace muchos años que una Compañía europea explotaba no lejos de Tetuan una de estas minas, y el Gobierno de Marruecos le dió una gruesa suma para que, desistiendo de su empeño, la cegara.

Finalmente, en este país el hombre no es dueño del fruto de su trabajo, y como quiera que el Sultan es un monarca absoluto y déspota en toda la extensión de la palabra, y no tiene más código ni más ley que su voluntad, los fatales efectos de este sistema tiene que sufrirlos el pobre pueblo, que, dicho sea de paso, los sufre con estóica resignación.

## COSTA DE LOS ESCLAVOS.

NARRACIONES Y DESCRIPCIONES (1).

### VIII.

PALACIO DEL REY SUDJI Y PUERTA FETICHE EN PORTO-NOVO.

Lo que se ha convenido en llamar el palacio Real de Porto-Novo no es más que una reunión de chozas rodeadas de un cercado de 300 á 400 metros de superficie. Los muros exteriores están contruidos de tierra batida y cubiertos con un mal techo de palma, aumentando la sorpresa que sea aquella la morada de un soberano.

En aquel recinto únicamente dos construcciones atraen las miradas: la una cubierta con esteras, y la otra con hierro galvanizado. El gusto y la simetría no entran en la arquitectura africana. El primer edificio (pág. 20) fué construido en la plaza del mercado por el rey Sudji, muerto en 1864. El segundo, al Sud del palacio, fué obra de su sucesor Mecpon, que murió en 1872. Ni uno ni otro monarca habitaron estas viviendas, pues su objeto fué, según la tradición dahomeyana, dejar á la posteridad un recuerdo de su reinado.

La habitación privada del rey es una choza tan miserable como las del pueblo.

Dos puertas principales dan acceso al interior del palacio. Una pequeña cadena fetiche, colocada en el umbral de ambas, prohíbe la entrada á los malos genios. Los fieles súbditos del rey nunca omiten descubrirse la cabeza y el hombro izquierdo en señal de respeto cada vez que pasan por delante de la puerta principal.

Cerca del palacio del rey Sudji se ve todavía una puerta fetiche bastante notable (pág. 21), en la cual hay reproducidas las principales divinidades de la mitología local.

Penetremos en la casa construida por Mecpon. Un infecto corredor nos conducirá al patio cuadrado, cuyos lados forman un cobertizo sostenido por pilares de madera. En la parte más inmediata al patio de audiencia cubre el suelo una capa muy apretada de estiércol vacuno, y allí tendidos los ministros y grandes dignatarios esperan el momento de la audiencia, que á veces se difiere días enteros. Los europeos hacen antesala en el mismo sitio, pero cuidan de hacerse traer una silla, pues el rey no acostumbra ofrecerla á sus visitantes.

En medio del patio hay un templete fetiche consagrado á Priapo. Es una pequeña choza de paja, rodeada de una empalizada de bambú. En los cuatro ángulos flotan, al extremo de otras tantas pértigas, bandas de tela blanca.

Los pichones del rey revolotean sobre vuestras cabe-

(1) V. tomo I, págs. 7, 31, 54, 78, 155, 174, 198, 328, 463 y 486.

zas, y vuestros ojos se recrean con las gallinas, los patos y sobre todo los cerdos de Su Majestad. Estos últimos parecen gozar de absoluta libertad de circulación.

Con mucha frecuencia este patio está lleno de gentes de otros pueblos que envían al rey diversos presentes en especie. Unos traen un haz de leña, otros algunas gallinas, otros un saco de maíz, camote, patatas, y á veces una cabra ó un carnero.

El patio donde recibe el rey es bastante espacioso y de forma triangular, y solamente la mitad está cubierto de una especie de sotechado. A la derecha de la entrada hay tres enormes tambores que se reservan para las fiestas y para las grandes circunstancias. Algunos pasos más allá, debajo del sotechado, véese un negro tendido sobre una estera y cubierto con una manta de seda, con un gorro griego en la cabeza y fumando en una larga pipa. Es el rey Toffa, actual soberano del reino de Porto-Novo, que pertenece á la ilustre familia reinante del Dahomey. A su alrededor hay acurrucados muchos servidores prontos á servirle á la menor señal. Si os honrais con la amistad del rey, podeis acercaros á él y alargarle vuestra mano preguntándole por su salud. Luego retroceded un poco y sentaos. Al terminar la audiencia os presentarán un vaso de agua, en el cual podeis, si os place, humedecer y no más los labios; y despues os ofrecerán en otro vaso un licor de Europa. Sólo entonces podeis pedir al rey permiso para retiraros, dándole un segundo apretón de manos.

Los europeos que ven por primera vez al rey de Porto-Novo se limitan á saludarle con la mano, permaneciendo descubiertos mientras están en su presencia.

Los ministros y magnates, al entrar en el patio del trono, avanzan encorvados y con las manos á la altura de las rodillas. Ya cerca del rey, póstranse cuan largos son, besan tres veces el suelo, hacen castañetear los dedos á cada ósculo, y permanecen en esta postura hasta que el rey les manda levantarse.

Pueden tambien obtener audiencia los simples particulares, aún los de la ínfima plebe, y están sujetos á las mismas prácticas que los dignatarios.

## MOSAICO CHINO.

Con este título nos proponemos publicar varios documentos y relaciones extractadas principalmente de la correspondencia de los misioneros, relativas á la historia, descripción y usos de la China.

### I.

#### EL FOM-CHUÉ.

Los chinos paganos creen firmemente que en todo lugar llega la felicidad bajo la forma de corriente de dirección varia, que llaman *fom-chué* (viento y agua). Si esa corriente encuentra en su camino un obstáculo material, detiénese, y el terreno situado detrás del obstáculo queda desde entonces privado de toda felicidad y entregado sin remisión á toda clase de infortunios.

Así, pues, cada vez que se quiere construir una casa, es necesario ante todo asegurarse de que el *fom-chué* no corre en dirección del terreno escogido. Para decidir esta cuestión se acude á hechiceros especiales, que la resuelven siempre en favor del que paga más. Misioneros

y cristianos rehusan naturalmente asociarse á tan necias y supersticiosas prácticas, de donde nacen á veces grandes contrariedades, pues los paganos vuelven contra aquellos el *fom-chuè* que proscriben. «¿Tratamos, dice un misionero, de construir un *hom-su* ó una iglesia? Los hechiceros, pagados al intento, declaran que el nuevo edificio interceptará la *corriente de la felicidad*. Esta noticia, propagada por nuestros enemigos, alarma á la plebe; las cabezas se calientan, y si se cuenta con la aquiescencia tácita de los mandarines, estalla un motin, que aun cuando no vaya acompañado del saqueo, del incendio y de violencias contra las personas, impone á menudo largas dilaciones á la proyectada obra.»

## II.

## LOS VEHÍCULOS CHINOS.

La manera de viajar de los chinos no es la menos curiosa de sus costumbres, segun podrá verse por los siguientes datos entresacados de las cartas de los misioneros y de las relaciones de otros viajeros.

«Entre los vehículos chinos, dice el Rdo. Girard, citaremos en primer término la silla mandarina, cuyo solo nombre ya nos indica la clase de altos dignatarios y ricos personajes que pueden recrearse con semejantes comodidades. Es bastante parecida á nuestras sillas de mano, y está hecha de ramas de mambú cruzadas en forma de rejilla y sólidamente unidas entre sí con junquillos de Indias. El interior está guarnecido de almohadones para sentarse. Segun la estacion, se cubre con una tela de algodón colorada ó bien de un tejido de lana ó seda, acompañado en tiempo de lluvia con otra guarnicion de tafetan impermeable. Dos hombres bastan ordinariamente para transportarla; pero cuando la obesidad del viajero, cosa comun en China, exige mayor fuerza, al través de las dos varas, ordinariamente suficientes, se añaden otras palancas para distribuir el peso sobre mayor número de hombros.

«Por lo que hace á los mandarines tártaros ó militares, tanto en invierno como en verano, deben viajar á caballo, segun lo dispuesto por los emperadores con el fin de sostener el vigor y energía que les caracteriza.

«Las damas chinas de alto rango viajan por lo comun en cómodas literas bien cerradas y tiradas por caballos ó mulos.

«El comun de los viajeros recurre á medios de transporte menos cómodos, pero tambien menos costosos. Hay en China toda clase de carros tirados por caballos, mulos ó bueyes, pero todos sus movimientos son difíciles y pesados, pues los carreteros chinos desconocen completamente el uso de los muelles.

«Entre estos vehículos hay uno que se distingue de los demás por la originalidad verdaderamente china de su estructura. No tiene más que una rueda muy alta colocada en medio del eje, en cuyos extremos hay unos estribos que sostienen un enrejado en forma de angarillas. Este carruaje sirve indistintamente para transportar géneros ó personas. Estas se sientan delante ó detrás, formando contrapeso con su equipaje; pero si los bultos pesan demasiado, se restablece el equilibrio, distribuyéndolos uniformemente en los dos extremos. En este caso el viajero se coloca en el centro. Por punto general basta un hombre para empujarlo; no obstante, si la

carga es considerable, se le asocia un compañero que tira por delante.»

La Sra. de Bourboulon describe así este vehículo:

«Nada más original que el sistema de locomocion usado en el Norte de la China.

«Figurémonos un enorme carreton en forma de angarillas, es decir, con dos brazos en cada extremo. La rueda gira en medio de una caja de madera sostenida por barras de hierro. Cuando sopla viento favorable, el ingenioso chino añade un mástil con una vela cuadrada. Sobre la caja se colocan utensilios de toda clase: ollas, tarros, paquetes de vestidos viejos, instrumentos agrícolas, etc.

«A un extremo de la camilla está sentada con las piernas encogidas la mujer de este navegante de nueva especie, llevando en sus brazos á los hijos más pequeños y á veces una jaula de mimbres, llena de patos, pollos y otros volátiles. Detrás del carreton, uno ó dos chicos más se encaraman en los sacos de grano y barrilitos de vino ó arroz, mientras el mayor, si es bastante fuerte, ayuda á su padre en la delantera, rodeada la cintura con una correa que comunica con los brazos.

«El desfile de estos carretones en el camino de Sínho á Peh-tang, seguido de las habituales vociferaciones y alegre clamoreo de esta pobre gente, del balido de los ganados y del cloqueo de los volátiles, forma en medio del ruido y del polvo un conjunto pintoresco y animado.»

Despues de este agradable cuadro hé aquí algunas apreciaciones prácticas acerca del vehículo que nos ocupa:

«La sencillez de este extraño carruaje, añade el reverendo Girard, lo hace poco costoso para los viajeros, pero debe ofrecer poca comodidad. Un misionero que se dirigia á Pekin desde Canton en 1768, se sirvió de esta especie de carro, y no se felicita, por cierto, del ensayo que hizo de él.

«Dejámos el canal, dice, para ir en carreta. Este es «el modo de viajar en esta parte de China, siendo más «incómodo de lo que puede imaginarse. La carreta es «panta por lo maciza, y es bastante parecida á nuestras «cureñas de cañon. Sólo hay sitio para una persona, y «aún es necesario cruzar las piernas. Recíbense terribles «sacudidas, el sol quema, y el polvo es á veces tan es- «peso que quita la respiracion.»

El P. de Carrère, misionero del distrito de Hai-men (Kiang-nan), confirma estas apreciaciones en una carta inédita.

«El medio de viajar es casi exclusivamente el carreton. La silla se ve raras veces, y todo portador de ella es esclavo; así es que los haimeneses tienen á honra tirar del carreton. A todas horas, de día y de noche, si os poneis en camino, encontraréis carretones y conductores. ¡Qué ganga! Sin embargo, no deja esto de tener inconvenientes. ¿Está seco el tiempo? Los chillidos del carreton desgarran el oido, y las sacudidas muelen los huesos del novel viajero. ¿Ha llovido? El precioso vehículo resbala á veces con el conductor, y hombre y equipaje ruedan en el agua cenagosa de un arroyo. Yo tengo por más prudente confiar á mis piernas el viaje.»

El P. Grouillière nos describe el carreton que se usa en la isla de Tsong-min, tal como lo representa el grabado de la pág. 24.

«A cada lado de la rueda del vehículo hay adaptados



MOSÁICO CHINO.—Misionero de viaje. (Pág. 23).

dos objetos á manera de bastos, en uno de los cuales se acomoda vuestra persona, y en el otro el equipaje. A veces en lugar de un conductor teneis dos: uno que empuja y otro que tira, y empieza la marcha con movimiento acelerado; pero en este caso los dos carretones dan resoplidos, la rueda chilla, suda el que empuja, tropieza el que tira, y gracias á las desigualdades del terreno, el que va encima experimenta sacudidas tan repetidas y á veces tan violentas, que producen una revolucion en todo el sistema cerebro-espinal. Sea como fuere, en toda la isla, tanto en la ciudad como en los campos, no se ve más que carretones cruzándose en todos sentidos. Los jóvenes conducen á los viejos, los pobres á los ricos, el padre á sus hijos, el marido á su mujer, etc. En todas partes, finalmente, desde el primero hasta el último peldaño de la escala social, no veis sino gentes que arrastran ó son arrastradas.»

## ELEMÉRIDES.

17 ENERO 1555.—Muere en Babia (Brasil) el P. Juan de Azpilcueta, de la Compañía de Jesús.

Este religioso, uno de los primeros misioneros del Brasil, era descendiente de la misma familia que san Francisco Javier, y, según el juicio de los testigos de sus trabajos, digno de ser con él comparado.

«Habiendo ingresado en la Compañía de Jesús en 1545, partió de Coimbra al cabo de tres años para el Nuevo Mundo, donde no debía vivir más que cinco años, pero los cuales puede decirse que fueron un largo é inefable martirio, á consecuencia de los pobres salvajes que arrebató al demonio á millares.

«Iba con los pies desnudos á buscarles en medio de los bosques, pantanos y precipicios, sin abrigo y con frecuencia sin alimento, ca-

yendo á veces medio muerto de dolor y extenuado. Los mismos por los que sacrificaba su vida eran más temibles que las bestias feroces, cuyos dientes tenía que desafiar á cada paso; siendo muy comun encontrar en medio de su campamento horribles calderas llenas de miembros humanos y relucientes de sangre, en torno de los cuales danzaban, atizando el fuego, toda la horda de aquellos bárbaros: imagen de la suerte que de un momento á otro podia ser la suya, según el capricho del primero que llegara.

«Para endulzar su ferocidad y obtener misericordia de Dios, aquel santo varon recorria todo el campo desnudo de la cintura arriba, regando el suelo con su propia sangre, con la esperanza, bendecida con frecuencia del cielo, de que aquel espectáculo acabaria tal vez por conmovier á los más endurecidos. Cuando descubria algun pobre cautivo todavia con vida, pero engordado para servir de pasto á aquellos antropófagos, ó consagrado á la más afrentosa tortura, corria hácia él despreciando toda clase de amenazas, y algunas veces hasta en medio de las llamas, para instruirle y bautizarle. De este modo tuvo la dicha de enviar al cielo multitud de niños cogidos en las guerras de tribu á tribu, y á los cuales no pudo salvar la vida, pero formó de ellos legiones de ángeles. Cuando un grupo de aquellos antropófagos parecia hallarse mejor dispuesto á prestarle oido y pretendia no tener tiempo para ello, el P. de Azpilcueta pasaba, á costa de su salud, las noches enteras hablándoles de Dios.

«Pero entre todos sus recursos ninguno le fué más honroso y dió tantos frutos entre los indígenas como sus cánticos sobre los últimos fines, la vida cristiana y los principales misterios de la fe, los cuales enseñó á los niños salvajes, que no cesaban de cantarlos, convirtiéndose así en catequistas de sus padres. Por lo demás, todo, hasta los trabajos de los esclavos, le parecia poco, con tal de rescatar una sola alma de aquellos bárbaros, no teniendo el santo misionero ni un soplo de vida ni una gota de su sangre que no les dedicara.

«De modo que mucho tiempo despues de su gloriosa muerte los portugueses repetian, á fuer de proverbio, comparando los trabajos del P. Juan y los de Francisco Javier: «Seguramente Dios Nuestro Señor, creando y perpetuando esta raza de los Azpilcueta, la ha predestinado igualmente para la salvacion eterna del Oriente y del Occidente (1).»

(1) *Menologia de la Compañía de Jesús*, por el P. Elesban de Guilhaemy: Asistencia de Portugal, 1.<sup>a</sup> parte, p. 53-54.